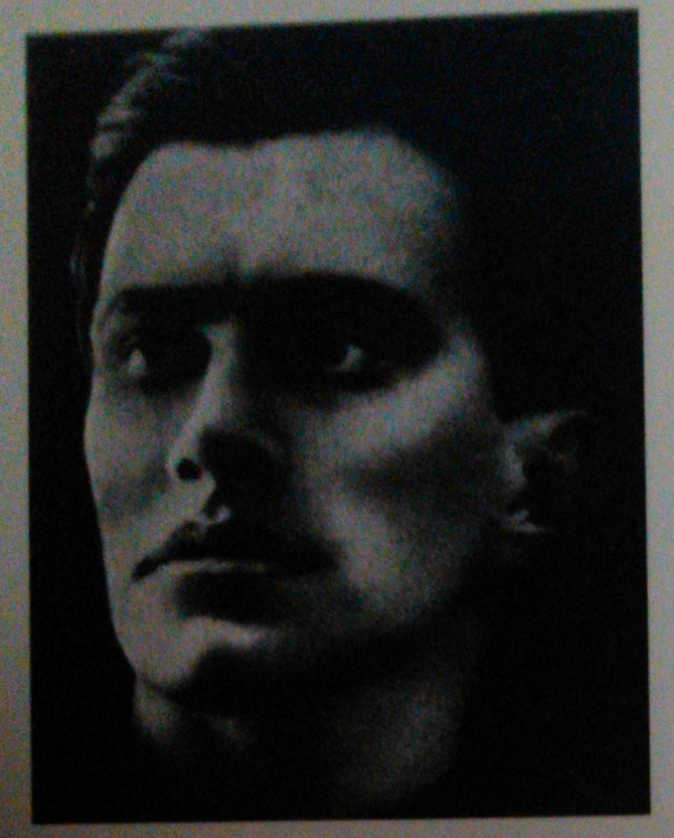
Poemas

Vladímir V. Maiakovski

(1912-1920)

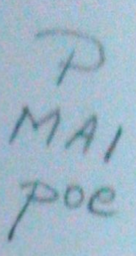


Laia literatura



Vladímir Vladimírovich Maiakovski nació en Bagdadi (Georgia) en 1893 y murió en Moscú en 1930, suicidándose a causa del fracaso de su vida sentimental y de sus fricciones con el nuevo aspecto de la sociedad soviética de su tiempo. Hijo de un guardabosque, se adhirió al partido bolchevique en 1908 y, siendo todavía un adolescente, participó en importantes actividades revolucionarias siendo por ello encarcelado. Después de la Revolución se puso incondicionalmente al servicio del nuevo régimen; él fue quien creó la LEF (Frente de la izquierda del arte).

De entre sus obras más importantes destacan *La nube con pantalones, 150.000.000, Vladímir Ilich Lenin, A. Yesemín, Octubre, ¡Bien!, A plena voz.* Escribió también diversas obras teatrales: *Misterio bufo, La chinche,* descripción del pequeño-burgués del futuro y, al mismo tiempo, alusión al comunismo "optimista" de la época, y *El baño,* violenta sátira contra la burocracia soviética. Notable creador en el terreno del lenguaje, es considerado como uno de los grandes poetas soviéticos universales.



Vladímir V. Maiakovski

POEMAS (1912-1920)

Selección y traducción de Santos Hernández,
Joaquim Horta y Manuel de Seabra



Editorial Laia/Barcelona

Traducción realizada sobre la edición: V.V. Maiakovski, *Polnoe sobranie sochinénii v trínadtsati tomaj*, (Goslitizdat, Moscú, 1955-1961).

Diseño y realización de la cubierta: Raúl O. Pane.

Propiedad de esta edición (incluido el diseño de la cubierta): Editorial Laia, S.A., Guitard, 43, ático 2.ª, 08014 Barcelona

Primera edición: Septiembre, 1984.

ISBN: 84-7222-160-1
Depósito legal: B. 32.772 - 1984

Impreso en Romanyà/Valls, Verdaguer, 1, Capellades (Barcelona)
Printed in Spain

EL PUERTO [1]

(Port)

Bajo los vientres sábanas de agua
que un blanco diente laceraba en olas.
Las chimeneas rugen, como si recorriesen
lujuria y amor juntos sus gargantas de bronce.
Las barcas se apretujan en la cuna del muelle
prendidas a las ubres de la férrea madre.
En las orejas de los buques sordos
ardían los zarcillos de las áncoras.

(1912)

1. En este poema han sido registradas algunas impresiones del puerto de Nicoláevsqui, en donde Maiakovski estuvo durante su viaje hacia Nóvaia Maiachca, a casa de su amigo David Burliuk.

¿USTED PODRÍA?
(A vy mogli byi?)

Embadurné de golpe el mapa de mis días grises
salpicándole tinta de un frasquito.
He enseñado en un plato –después– de gelatina
los pómulos oblicuos del océano.
En las escamas de un pescado en lata
leí la invitación de nuevos labios.
¿Usted
podría
tocar un nocturno
en una flauta de cañerías?

(1913)

A LOS RÓTULOS
(Vývescam)

¡Leed libros de hierro y de latón!
Flauta de letras de oro. Con gran celo
bailarán la conserva de salmón
y la de nabos de dorado pelo.

Jauría de color, las luminarias
de Maggi [1] giran esplendentes, rápidas,
y, como siempre fue, las funerarias
puntuales sirven féretros y lápidas.

Cuando apaguen, dejándote angustiado,
los anuncios, verás de qué manera
te gusta un pétalo de flor, pintado,
humildemente, a mano, en la tetera.

(1913)

1. Se refiere a un anuncio luminoso de los caldos Maggi.

¡ESCUCHAD!

(¡Poslúshaite!)

¡Escuchad!
Si brillan las estrellas
¿quiere decir que alguien las necesita?
¿quiere decir que alguien quiere que estén?
¿que alguien les llama perlas a esos escupitajos pequeñitos?
y, sin aliento,
en un turbión de polvo, al mediodía,
se dirige hacia Dios,
temiendo llegar tarde,
llora,
besa su áspera mano,
implora
que haya una estrella al menos.
¡Jura
que no puede aguantar este tormento de que no haya
estrellas!
Después
pasea tembloroso
—fingiéndose sereno—
y comentando a otro:
«Así va mejor ¿no?
No da miedo
¿verdad?»
¡Escuchad!

Si brillan
las estrellas
¿quiere decir que alguien las necesita?
¿quiere decir que es necesario
que cada noche
por sobre los tejados
al menos una estrella se ilumine?

(1914)

NUBE CON PANTALONES

(Óblako v shtanaj)

Prólogo

Quiero que vuestra mente,
que sueña dentro de unos sesos blandos,
cebada cual lacayos habituados a grasientos sofaes,
se irrite ante la voz sangrante de mi alma
hasta que yo, mordaz y descarado, me canse de burlarme.

Yo no tengo en mi espíritu ni una sola cana
ni, aun menos, ternuras seniles.
Ensordeciendo el mundo con mi voz poderosa,
me alzo, gallardo, espléndido,
con mis ventidós años de existencia.

¡Amantes delicados,
los que hacéis el amor al son de los violines
mientras los rudos lo hacen al compás del timbal!
¡Vosotros no podéis transformaros cual yo:
ser todo labios!

Ven a instruirte
de tu salón, vestida de batista,
correcta funcionaria del club angelical.

Tú, que serena rozas levemente los labios,
como una cocinera un libro de cocina.

Si queréis,
seré tan sólo carne enloquecida
o, como el cielo, cambiaré de tonos.
Si queréis,
seré impecablemente grácil y delicado;
¡más que un hombre, seré una nube, sí, con pantalones!

No creo en la existencia de una Niza florida.
Y hoy, con mi canto, glorifico de nuevo
a los hombres que yacen, igual que un hospital,
a la mujer ajada, lo mismo que un proverbio.

I

¿Os creéis que deliro debido a la malaria?

Sucedió,
sucedió en Odesa.

«Vendré a las cuatro», había dicho María.[1]

Las ocho.
Las nueve.
Las diez.

Y la tarde escapó,
ventana arriba,

1. La heroína de este poema es María Alexándrovna Denísova (1894-1944), hija de un campesino de la provincia de Smolensk. Maiakovski la conoció durante una de sus giras. María Denísova fue, más adelante, una afamada escultora.

hacia el horror nocturno,
sombrío,
de diciembre.

En su espalda decrépita gesticulan, relinchan,
los candelabros.

¿Ahora no podría reconocerme nadie:
este gigante musculoso
gime,
se retuerce.
¿Qué puede desear ese coloso?
¡Pues el gigante anhela muchas cosas!

Y, en el fondo, no importa
que uno sea de bronce
y tenga el corazón de hierro helado.
De noche, siente gana de esconder
su sonoro metal en algo suave,
femenino.

Aquí me tenéis,
enorme.
Me asomo a la ventana
fundiendo los cristales con mi frente.
¿Vendrá el amor o no?
¿Cómo será?
¿Grande o pequeño?

Pero, ¿habrá un amor grande para un cuerpo así?
¿Será quizá chiquito,
amor menudo y dócil,

de aquellos que se asustan del ruido de los autos
y aman la campanita del tranvía?
Y aún y aún,
mi rostro contra el rostro
picado por la lluvia,
espero,
salpicado por el ruido de la resaca ciudadana.

La medianoche, el cuchillo en la mano,
ha herido,
ha degollado:
¡abajo pues!

Y cayeron las doce campanadas
como desde el patíbulo la cabeza del reo.

En los cristales se juntaban
las gotas grises de la lluvia,
en una mueca inmensa.
Y suenan como el grito de los monstruos de piedra
de Notre Dame de París.

¡Maldita!
¿Aún no tienes bastante?
¡Mi boca va a desgarrarse en un aullido!

Escucho.
Silenciosamente,
como un enfermo de la cama,
ha saltado un nervio.
Se va
de paseo, primero
despacito.

Después, va acelerando,
rápido,
ritmado.
Y ahora, con otros dos se retuerce
en una danza desatada.

En el bajo se cae el enlucido.

Los nervios,
grandes,
pequeños,
todos,
saltan enloquecidos
y al fin
ya flojean las piernas.

La noche se empantana en la alcoba
y, cada vez más densa, no deja abrir los ojos.

Las puertas comenzaron a hacer ruido, de pronto,
como si castañetearan
los dientes del hotel, muerto de frío.

Has entrado,
rotunda como un reto,
torturando tus guantes de gamuza,
y has dicho:
«¿Sabes?
Me caso.»

De acuerdo, cásate.
Al cabo ¿qué más da?
Me aguantaré.

Ya ves que estoy tranquilo.
Como el pulso
de un muerto.

¿Recuerdas?
Tú decías
«Jack London,
dinero,
amor,
pasión.»
¡Y yo sólo veía,
en ti, a la Gioconda
que hay que robar!

Y que robaron.

Si vuelvo a enamorarme aún entraré en el juego
el fuego iluminando la línea de mis cejas.

¿Y pues?
Incluso en una casa quemada, destruida,
aún pueden guarecerse vagabundos.

¿Te burlas de mí?
«Tiene menos rubíes tu locura
que un mendigo monedas.»
¡No olvides
qué le pasó a Pompeya
cuando estalló el Vesubio!

¡Eh!
¡Señores!

Los que amáis
sacrilegios,
crímenes,
hecatombes:
¿habéis visto
qué sea más horrendo
que mi semblante
cuando
estoy
del todo sosegado?

Noto
que mi yo
me viene estrecho;
que, enloquecido,
quiere salir de mí.

¡Diga!
¿Quién es?
¿Mamá?
¡Mamá!
Tu hijo
está perfectamente enfermo.
¡Mamá!
¡Tiene el alma incendiada!
Diga a mis hermanitas, Liúda y Ólia,
que ya no sabe dónde huir.
Cada palabra,
incluso cada chiste
que arroja por el fuego de su boca
huye, al igual que una desnuda puta
de un prostíbulo en llamas.

La gente husmea:
hay olor a quemado.
Llegan unos tipos extraños.
Relucientes.
Con cascos.
¿Para qué esas botazas?
Decid a los bomberos
que a un corazón en llamas se llega con caricias.
Ya me las compondré.
Mis ojos, colmados de lágrimas, rodarán como barriles.
Dejadme que me apoye en mis costillas.
¡Saltaré! ¡Saltaré! ¡Saltaré!
Y se rompieron.
Que no se salta desde el corazón.

Del rostro en llamas,
de la hendidura de los labios
quería alzarse un abrasado beso.

¡Mamá,
no puedo cantar!
prendió fuego en el coro de la pequeña iglesia de mi alma.

Figurillas quemadas de palabras y cifras
se escapan de mi cráneo,
como chiquillas de una casa ardiendo.
Así el terror
elevaba hacia el cielo
los brazos
de fuego que agitaba el «Lusitania.»[2]

2. *Lusitania:* barco de pasajeros hundido por los alemanes durante la primera guerra mundial, que fue el pretexto para la entrada de los Estados Unidos en la guerra.

Hacia la gente temblorosa,
en el silencio de sus casas,
un resplandor se alzaba, con mil ojos, del puerto.
¡Grito final,
tú, al menos,
clama a los siglos que me abraso!

II

¡Glorificadme!
No soy lo mismo que los grandes.
A todo lo que han hecho
pongo mi «nihil.»

No quiero
leer ya nada más.
¿Libros?
¿Qué libros?

Antes, yo imaginaba
que los libros se hacían siempre así:
el poeta llegaba,
entreabría los labios
y, de inmediato, el inspirado vate
comenzaba a cantar.
Se ha descubierto, en cambio,
que, primero,
se hinchan de trabajar y de dar vueltas,
en tanto chapotea en el fango del alma
el estúpido pez de la imaginación.
Y cuando pone a hervir, sazonado con rimas,
su caldito de amor y ruiseñores,

las callejas, sin lengua, se retuercen:
no tienen con qué hablar, con qué gritar.

Las torres de Babel de las ciudades
construimos de nuevo, ebrios de orgullo,
pero Dios
hunde
la ciudad en los campos
y sus palabras mezcla.

Y la calle resiste el suplicio en silencio
con un grito rebelde en la garganta.
Se hinchan, de través en el gaznate,
tripudos taxis y tranvías flacos.
Los peatones le pisan todo el pecho,
hundido por la tisis.

La ciudad con la noche ha cerrado las calles.

Y cuando
–pese a todo–,
dando de lado templos y capillas,
las multitudes llegan a la plaza,
entre coros de arcángeles
Dios, saqueado, parece hacer justicia.

Pero la calle se sienta y brama
«¡Vamos a comer!»

Los Krupp y los kruppitos pintan a la ciudad
con trazos de cejas malévolas,
y en su boca
se pudren los cadáveres de las palabras muertas.

Sólo dos expresiones están vivas y engordan:
una es «hijo de puta»
y la otra
«poder comer», acaso.

Los poetas,
entre llanto y sollozos,
los cabellos al viento, abandonan la calle.
«¿Cómo poder cantar con frases como ésas
a la dama,
al amor
y a las flores cuajadas de rocío?»

Tras los poetas,
la gente de la calle:
estudiantes,
rameras,
capataces.

¡Alto, señores!
!Deteneos!
No sois mendigos;
nada, por tanto, de pedir limosna.

Que nosotros, los fuertes,
de paso firme,
no os hemos de escuchar, sino extirparos
a todos
los que tan sólo sois un suplemento gratis
de un lecho de dos plazas.

¿Acaso hay que rogar humildemente:
«¡Ayudadnos!»?

¿O pediros un himno, o un gran oratorio?
Somos nosotros quienes crean himnos
vivos, en los laboratorios y en las fábricas.

¡Qué me importa si Fausto
pasa con Mefistófeles entre hogueras de azufre
sobre el piso encerado de los cielos!
Yo sé
que un clavo en un zapato
es una pesadilla peor que todos los dramas de Goethe.

Yo,
que tengo pico de oro más que nadie
y con cada palabra
renuevo el alma
y hago cantar al cuerpo,
os digo
que la más diminuta partícula de vida
es más que lo que he escrito y lo que escribiré.

¡Escuchad!
Predica, entre gemido y convulsiones,
con los labios aullantes, el Zaratustra de hoy:
¡Nosotros, los de rostro de sábana sudada,
los de labios que penden por la angustia,
nosotros,
galeotes de ciudad-leprosería
llegada por el oro y por la roña,
somos más puros que todos los azules de Venecia
lavados a la vez por mares y por soles!

¡Me importa un bledo
si en Homero y Ovidio

no sale gente así, como nosotros,
salpicada de hollín!
Yo sé
que el sol se entenebrecería
si viera el oro que hay en nuestras almas.

Los músculos, los nervios, son más seguros que las
oraciones.
¡Y nunca pediremos una limosna al tiempo!
¡Cada uno de nosotros
tiene en sus cinco dedos
las riendas que mueven al mundo!

Por eso yo he subido al gólgota de los auditorios
de Petrogrado, de Moscú, de Odesa y de Kíev,[3]
y en ellos no hubo nadie
que no gritase:
«¡Crucificadlo,
crucificadlo!»
Pero vosotros, hombres,
sois –incluso aquellos que me han ofendido–
lo que siento más cerca y más amado.

¿Nunca habéis visto
que el can lame la mano a quien le pega?

Yo,
escarnecido por los hombres de hoy,
como una larga
anécdota escabrosa,

3. Ciudades en las que Maiakovski y sus compañeros futuristas dieron conferencias durante el período 1913-1914.

por los cerros del tiempo veo venir
a aquel que a todos es aún invisible:
Allí donde no llega la vista de los hombres,
en cabeza de la horda famélica,
avanza el año dieciséis
con la corona de espinas de las revoluciones.

Entre vosotros, yo
soy su profeta,
y estoy allí donde hay dolor.
Me crucifico donde
mane una sola lágrima.
Hoy ya no puede perdonarse nada.
He incendiado las almas donde se cultivaba la ternura.
¡Y eso es más difícil que tomar
miles y miles de Bastillas!

Cuando
proclamando con la revuelta
su advenimiento
salgáis a recibir al salvador,
yo me arrancaré el alma,
pisoteándola
para hacérosla grande
y entregárosla ensangrentada, igual que una bandera.

III

¿Por qué todo eso?
¿De dónde sale?
¿Por qué esos puños sucios cerrados
entre esta alegre claridad?

Llegaste,
y mi mente se cubrió, con desesperación,
con la idea del manicomio.
Y, como en el naufragio de algún acorazado,
con espasmos ahogados,
los hombres se echan por las escotillas,
así,
por su único ojo, herido como un grito,
enloquecido, trepaba Burliuk.[4]
Casi en sangre los párpados quemados por las lágrimas,
se arrastró fuera,
se puso en pie,
se me acercó
y con ternura, impensable en un hombre tan gordo,
me dijo:
«¡Muy bien!»
Muy bien, si en tu blusa amarilla
consigues esconder de las miradas tu alma.
Muy bien,
si, ya en los dientes del patíbulo,
se grita
«¡Bebed cacao Van Guten!»[5]

Este segundo
resplendente
de luces de bengala,

4. Burliuk, David (1882-1967): pintor y poeta futurista, amigo de M., y que había perdido un ojo en la infancia. Fue organizador del grupo cubo-futurista. Residió en los Estados Unidos desde 1922.

5. Se refiere al caso, muy comentado en la época, de un condenado a muerte que, en el momento de su ejecución, lanzó este grito publicitario, por haber la empresa pagado al efecto una cantidad a su familia.

yo no lo cambiaría por nada,
ni siquiera por...

De improviso, entre el humo del cigarro
y del vapor de vinos y licores,
ebria, se alza la faz de Severianin.[6]

¿Se atreverá a creerse que es poeta
con todos sus gritítos de cotorra?
Hoy
hace falta
con la manopla de acero
incrustarse en el cráneo del mundo.

Vosotros,
a quienes sólo preocupa una cosa
(«¿Soy, de verdad, elegante en el baile?»),
ved cómo me divierto,
yo,
chulo de calleja,
tahúr de naipes.

De vosotros,
que estáis por el amor reblandecidos,
de vosotros,
que ya hace siglos que lloriqueáis,
me alejaré,
el sol como monóculo
colocado en mi ojo semiabierto.

6. Severianin, Igor (1887-1941): poeta, que después se hizo reaccionario, y decadente, miembro del grupo denominado «ego-futurista.»

Y, ataviado de increíble modo,
marcharé por el mundo,
por gusto y por brillar,
y ante mí
irá, como un perrito, Napoleón atado a su cadena.

El mundo, igual que una mujer, se tenderá
y ondulará sus carnes para dárseme.
Se animarán todas las cosas
y, a mi paso, sus labios
susurrarán:
«Chulo, chulo, chulo.»

De improviso,
las nubes y la pálidas nieblas
provocan en el cielo violenta agitación,
como amarillos que se separan
después de declarar una huelga furiosa contra el cielo.

Un trueno ferozmente retumba entre las nubes,
se sonó las narices con aire fanfarrón,
y el rostro de los cielos se arrugó en un instante
con la mueca severa del acerado Bismarck.

Alguno
que se había perdido entre las sendas de las nubes
tendió sus brazos a un café,
de una manera femenina
y casi tiernamente,
igual que una cureña.

¿Vosotros os creéis
que venga el sol a darle con dulzura

al café un cachetito en la mejilla?
No, que es el general Galiffet[7] el que de nuevo llega
y fusila otra vez a los rebeldes.

Holgazanes, sacaos de una vez las manos del bolsillo
y agarrad una piedra, un cuchillo, una bomba,
y si hay alguno que no tenga manos
que venga igual y a cabezazos luche.

¡Venid, hambrientos,
mugrientos,
resignados,
roñosos y comidos de piojos!

¡Venid!

¡Que los lunes, los martes,
con sangre tengan rojo de las fiestas!
¡Bajo el cuchillo, que la tierra recuerde
quién la quiso ultrajar!
¡La tierra,
cebada como una amante
de las que se tira Rotschild!

Que las banderas ondeen en la fiebre de las balas,
y, cual pasa en las fiestas que son como es debido,
¡levantad aún más alto, postes de los faroles,
las carroñas mugrientas de mercader colgadas!

Blasfemaba,
imploraba,

7. *Galiffet*: general francés, responsable de las matanzas de trabajadores después del fracaso de la Comuna de París.

insultaba,
saltaba sobre alguno
a clavarle los dientes.

En el cielo, rojo como la Marsellesa,
se estremece, muriendo, el crepúsculo.

Ahora es volverse loco.

Nunca más pasará.

Vendrá la noche,
a morder,
a devorar.

El cielo nuevamente se vende como Judas,
por un puñado de estrellas de traición salpicadas.

Ha llegado.
Silla como en Mamai,[8]
sentados sobre la ciudad.
Con la mirada no atravesamos esta noche,
tan negra como Azef.[9]

Yo, encogido en el fondo de una taberna lóbrega,
mientras riego con vino el alma y el mantel,
descubro, en un rincón,
unos ojos muy abiertos:
los ojos amorosos de una Virgen María.

8. Alusión a una costumbre tártara: el vencedor celebraba la victoria en un palanquín, sentado sobre los cadáveres de los vencidos.
9. *Azef:* agente provocador de la policía zarista.

¿Cómo rescataré este aura de estampa
de entre las manos puercas de los beodos gritones?
¿No lo veis, que, de nuevo,
al mártir del Gólgota, cubierto
de escupitajos, prefieren Barrabás?

Quizá, yo, es de propósito
si surjo entre la humana porqueriza
con el mismo semblante que los otros.
Yo
soy, tal vez,
el más hermoso
entre todos tus hijos.

Concédeles,
en la calma alegría,
en la rápida muerte del tiempo,
que los hijos que deben criar,
si son chicos, que lleguen a padres,
si son chicas, a dulces preñadas.

Y haz que los recién nacidos tengan
las canas estudiosas de los magos,
que ya vendrán
a bautizar a sus hijos
con nombres de mis versos.

Yo, que exalto a Inglaterra y a las máquinas,
acaso, simplemente,
en algún Evangelio más sencillo,
soy el apóstol decimotercero.

Y siempre que mi voz
resuena obscenamente,
hora tras hora,
día tras día,
acaso Jesucristo viene a oler
las flores de mi alma.

IV

¡María! ¡María! ¡María!
¡Déjame entrar, María!
¡No puedo quedarme en la calle!
¿No quieres?
¿Esperas
que las mejillas se me sequen
y, sorbido, chupado,
insípido,
venga a,
desdentado, mascullar
que ya soy
maravillosamente casto?

María,
¿no ves que ya
comienzo a ir encorvado?

Por la calle, la gente
que lleva en la barriga cuatro capas de grasa
abrirá como platos
los ojos, fatigados por cuarenta años de uso,
y se harán guiños
porque yo, entre los dientes,

de nuevo,
noto restos que quedan de caricias de ayer.

Salpicaba de llanto las aceras la lluvia,
ladrón surgido de los charcos
que, empapado, lame el lapidado cadáver de las calles,
y por las cejas blancas
–¡sí!–
y pestañas de hielo
van goteando las lágrimas
–¡sí!–
que caen de los ojos de todos los desagües.

Lamió a los transeúntes el morro de la lluvia,
pero gordos atletas brillan en los carruajes:
algunos reventaban, cebados como cerdos,
y a través de los poros el sebo goteaba.
Igual que un turbio arroyo, manaban de los coches
junto con pan pringado,
restos de comistrajos ya pasados.

¡María!
¿Cómo haré entrar una palabra dulce en su grasiento oído?
Un pájaro
mendiga con sus trinos,
canta,
gorjeante y hambriento,
pero yo soy un hombre, María,
nada más,
que la tísica noche esputó entre las manos mugrientas de
la Présnaia.[10]

10. *Bolshaia Présnaia*: calle en donde vivía Maiakovski.

María, ¿quieres un hombre como yo?
¡Déjame entrar, María!
Estrangularé con los dedos crispados la campanilla de tu
puerta.

¡María!

Las calles se enfurecen.
Arañan en el cuello los dedos de la masa.

¡Abre!

¡Me duele!

¿Ves? tengo clavadas en los ojos
agujas de sombreros femeninos.

¡Has abierto!

Bonita,
no tengas miedo
si en mi cuello de toro hay,
como una húmeda montaña, mil mujeres sudorosas:
es que yo arrastro por la vida
miles de amores puros, grandes,
y miles de millares de sucios amoríos.
No tengas miedo
si de nuevo
te vuelvo a ser infiel
acariciando a miles de caritas preciosas.
Las fascinadas por Maiakovski
son ya una dinastía,
reinas entronizadas en el alma de un loco.

Ven, María, más cerca.
Sin pudor y desnuda,
o acaso con un tímido temblor,
dame el jamás marchito
encanto de tus labios.
Mi corazón y yo tan sólo una vez
hemos llegado a abril,[11]
y en la vida vivida
hay sólo un centésimo marzo.

¡María!
El poeta canta sonetos a Tiana,[12]
pero yo,
hecho todo de carne,
humano todo,
sólo pido tu cuerpo,
como un cristiano pide
el pan de cada día.

¡Dámelo, pues, María!

¡María!
Temo olvidar tu nombre,
como el poeta temerá olvidar
alguna palabra nacida
en el tormento de la noche,
sublime como Dios por su grandeza.

11. En Rusia, la primavera sólo comienza, realmente, en mayo. El original de Maiakovski dice, pues, que su «vida vivida» no tuvo nunca mayo, es decir, primavera, porque nunca pasó de abril.

12. Soneto de Severianin. Véase nota 6 y el poema *A vosotros*.

Amaré, cuidaré
tu cuerpo
como el soldado
mutilado de guerra,
inútil,
solo,
cuida su única pierna.

María,
¿no quieres?
¿No quieres?

Bueno. De nuevo, pues,
sombrío y cabizbajo,
tomo mi corazón
salpicado de lágrimas
para llevarlo,
igual que un perro
arrastra
hasta el cubil
el brazuelo que el tren le ha aplastado.

Mancho el camino con sangre de mi alma,
que en flores se me pega
al polvo de la ropa.
Danzará el sol mil veces, cual la hija de Herodías,
en torno de la tierra,
cráneo del Bautista.

Y cuando ya mi tiempo
haya danzado hasta el final,
de millares de gotas de sangre

se cubrirá la senda
que conduce a la casa de mi padre.

Yo saldré entonces,
sucio (de tanta noche pasada en la cloaca)
y me pondré a su lado,
me inclinaré
y le diré al oído:

¡Escucha, Señor Dios!
¿Tú no te aburres
mojando cada día
los ojos en toda esta gelatina de nubes?
¡Anda, vamos a hacer
un tiovivo al lado
del árbol de la ciencia del bien y del mal!

Ubicuo, tú estarás en cada armario,
y a la mesa traeremos tales vinos
que incluso el taciturno apóstol Pedro
se nos pondrá a bailar el ki-ka-pú.[13]
Y el Paraíso, una vez más, llenaremos de Evas.
Una palabra tuya,
y yo esta misma noche
por todas las callejas reúno para ti las más bellas muchachas.

¿Quieres?

¿No quieres?



13. *Ki-ka-pú*: danza muy de moda en la época.

¿Sacudes tu cabeza melenuda?
¿Me frunces tus cejas canosas?
Pero tú
¿te crees
que ese que está detrás tuyo con alitas
sabe algo de amor?

También yo soy un ángel, lo fui.
Tenía una mirada de manso corderillo,
pero ya me he cansado de ofrecer a las yeguas
jarros de porcelana fabricados en Sèvres.
Tú, Todopoderoso, inventaste las manos,
y una cabeza
nos diste a cada uno:
¿por qué no hiciste
que, sin tormentos, se pudiera
besar, besar, besar?

Creía que eras un diosazo omnipotente,
y eres un diosecillo ignorante y minúsculo.
Mira, me agacho
y de la bota
me saco la navaja.
¡Embusteros alados!
¡Acurrucaos en el cielo!
Encoged, temblorosas y espantadas, las plumas
y temblad de pavor!
¡Tú, santurrón!: ¡Te voy a hacer un chirlo
de aquí a Alaska!

¡Dejadme!

No me detendréis.

Cierto
o errado,
no podría estar más tranquilo.
Mirad:
han decapitado de nuevo las estrellas
y dejaron el cielo empapado de sangre.

¡Oye, tú!
¡Cielo!
Fuera el sombrero,
que me marcho.

En silencio.

El universo duerme,
apoyada en la pata
la enorme oreja llena de estrellas.

(1914-1915)

A VOSOTROS [1]
(Vam)

¡Vosotros, que vivís de orgía en orgía!
¡Vosotros, que tenéis cuarto de baño y váter!:
¿no os da vergüenza leer en el periódico
los nombres que hay propuestos a la Cruz de San Jorge? [2]

¿Es que sabéis, mediocres incontables,
vosotros, que pensáis solamente en comer aún mejor cada
día,
que quizá en este instante una bomba ha arrancado
una pierna al teniente Petrov?

¡Si, al ir al matadero, por un instante os viera
canturreando, lascivos, versos de Severianin
con los labios manchados de salsa!

¿Dar la vida por tipos así,
que piensan sólo en buena mesa y tías?
¡Prefiero ir a servir zumo de piña
en cualquier bar de putas!

(1915)

1. Maiakovski leyó por primera vez este poema el 11 de febrero de 1915 en la taberna artística «El perro vagabundo» (*Brodiáchaia sobaca*), en Petrogrado, teniendo una pésima acogida del público burgués.

2. Cruz de San Jorge: condecoración al valor en el combate.

HIMNO AL CIENTÍFICO [1]
(*Guimn uchónomu*)

La población de todos los imperios
–hombres, aves, ciempieses–,
erizados las plumas y el cabello,
se agolpó en la ventana, desesperada de curiosidad.

Y se interesa el sol, y abril también,
y el deshollinador sucio de hollín,
por el impresionante e infrecuente espectáculo:
la figura de un célebre científico.

Lo miran y remiran, y no lo ven humano.
Y no es un hombre, cierto, sino una enclenquez bípeda
que tiene por cabeza un libro titulado
«Tratado de berrugas brasileñas.»

Con los ojos mastica la letra y la devora
–¡pena me da la letra!–.
Acaso el ictiosauro extinguido mascó
así alguna violeta entre sus maxilares.

1. *Himno al científico*: dirigido contra las torres de marfil, aisladas de la vida del pueblo, en donde vivía la ciencia burguesa.

Tiene hundidos los hombros, como molido a palos,
mas ¿qué importa a un científico defecto tan trivial?
Él sabe con certeza, porque lo dijo Darwin,
que somos, nada más, descendientes de simios.

Se filtra el sol por una estrecha grieta
igual que el pus de una pequeña herida
y va a esconderse entre el montón de trastos
de un polvoriento estante.

Un corazón de chica hervido en yodo.
Un trozo endurecido de hace ya dos veranos.
Y, clavado en un hierro, hay algo que parece
la cola disecada de un pequeño cometa.

Se pasa aquí las noches. Desde las galerías
ríe de nuevo el sol de las tristes humanas pequeñeces
y abajo, por la acera, una vez más los chicos de primero
van, enérgicamente, al instituto.

Pasan, orejas rojas, pero a él no le indigna
que el hombre crezca estúpido, sumiso.
En cambio, sí podrá, en cualquier momento,
extraer bien una raíz cuadrada.

(1915)

HIMNO AL CRÍTICO
(Guimn críticu)

Del amor de un cochero y de una lavandera lengualarga
el resultado fue un desmedrado chico.
No es cualquier cosa un hijo, no se le va a tirar a la basura:
la madre lloró un poco, y decidió después llamarlo crítico.

El padre, conversando y apelando a la genealogía,
gustaba discutir los derechos maternos.
Y esta educación, tan social, tan de mundo,
al chico desvió de su innata tendencia a lo vulgar.

Igual que el cocinero charla con la portera
charloteaba su madre lavando calzoncillos.
Y de la madre el hijo heredó un gran olfato
y la capacidad para investigaciones, sin jabón y muy rápido.

Cuando creció –un ceporro, más o menos–
y las pecas se le extendieron por la cara igual que las lentejas
en un plato,
con una elegantísima patada en el trasero
lo echaron a la calle, a que se hiciera un hombre.

¿Qué necesita un hombre? Pues necesita un poco de dinero,
un par de pantalones y algo para comer.

Con su nariz magnífica, a cinco cópecs línea,
olió el maravilloso mundo de los periódicos.

De cierto personaje dotado de algún nombre,
fue delicadamente a llamar a la puerta.
Y el crítico, enseguida, mamó del personaje
y tuvo pantalón, pan y corbata.

Bien vestido y calzado, le es fácil aprender
el exquisito juego del joven literato,
y piensa: «pues bien: con esto, por lo menos,
voy a meterle el diente al alegre caviar.»

Pero como se infiltre en la red de la prensa
algo sobre lo grandes que eran Pushkin o Dante,
parece que se esté pudriendo en el periódico
un lacayo grasiento y gigantesco.

Y cuando en un aniversario, finalmente,
os despierte un aroma de incensario,
su nombre es el primero que, como una paloma,
nítido brillará sobre la pitillera de homenaje.

Escritores: somos muchos. Recoged un millón.
Y en Niza levantemos un hospicio a los críticos.
¡Pensad en lo difícil de enjuagar cada día
nuestra ropa interior en todos los periódicos!

(1915)

UNA ACTITUD AMABLE ANTE LA CORRUPCIÓN
(Vnimátel'noe otnoshénie k vziátochnicam)

¿Será posible que los poetas hayamos de escribir sobre el
    soborno?
Chatos, no queda tiempo. No sé a dónde iremos a parar.
Y es que los sobornados,
por lo menos por serlo,
no deberíais recibir propinas.
Yo, que a fuerza de versos me gano las alubias
–la verdad, pocas veces, porque soy principiante–,
soy también ¿veis? un ciudadano ruso,
lleno de amor sincero hacia todo oficial o funcionario.
Yo llego, y lloriqueo todas mis peticiones
reclinado en un pecho vestido de uniforme.
El funcionario piensa: «¡Jolines, vaya suerte!
Éste me deja aquí doscientos rublos.»
A veces, sin ninguna protección,
sólo insultos obtienes.
«¡Anda! Qué suerte –piensa el funcionario
si pudiera sacarle trescientos a esta tía.»
Ya sé que os hacen falta doscientos o trescientos.
Tomadlos y ya está, a aquél o al otro,
que yo no insultaré a ningún comisario.
Acaso también el tiene unos hijos.
Pero es muy fatigoso ordeñar de uno en uno.
Así se tarda años.

Mirad lo que he pensado expresamente, sí, para vosotros.
¡Señores!
Destrozad los armarios, los cofres y las cajas,
atrapad el dinero, las joyas de mamá,
y que cualquiera, con las manos limpias,
pueda llevarse así hasta el último rublo.
Llevaos la ropa. Hasta la más usada.
¡Mamá! ¡Quítate tu abrigo de borrego!
Registrad los bolsillos de aquellos pantalones:
tienen cuarenta cópecs olvidados.
Empaquetemos todo, lo ataremos
nosotros mismos, y nos inclinamos
sin dinero y sin ropa, y os decimos:
¡Ahí lo tenéis!
¿Qué hemos de hacer nosotros, manirrotos que somos, del
dinero?
¡Si ni sabemos en qué hay que gastarlo!
¡Lleváoslo, majos, no os preocupéis!
¡Si es que sois nuestros padres, nosotros vuestros hijos!
Los dientes rechocando por el frío,
quedaremos desnudos bajo el desnudo cielo.
¡Lleváoslo, majos! Eso sí: deprisa,
para que de todo esto ya no se escriba más.

(1915)

LA FLAUTA VERTEBRAL [1]
(*Fléita-pozvonóchnic*)

PRÓLOGO

En vuestro honor,
las que amáis o que os aman,
las que guardáis imágenes en el seno del alma,
alzo, lleno de cánticos, mi cráneo,
como en un brindis un vaso de vino.

Pienso, con más frecuencia cada vez,
si no valdría más
a mi suerte poner punto de bala.
Hoy daré,
en cualquier modo,
un concierto de adiós.

Memoria:
congrega en el salón de mi cerebro
a todas mis innúmeras amantes.
De oreja a oreja extiende la sonrisa.

1. *La flauta vertebral* desarrolla uno de los temas de *Nube con pantalones*: el amor y su destino en un mundo de violencia y de codicia. Maiakovski trabajó en este poema durante el verano y el otoño de 1915. Fue publicado por febrero de 1916, con cortes de la censura. El texto íntegro apareció en 1919.

De antiguas nupcias disfrázanos la noche
y escancia la alegría en nuestros cuerpos.
Que de esta noche no se olvide nadie.
Hoy tocaré la flauta
de mi propia columna vertebral.

I

Quilómetros de calles mis pies pisan.
¿En dónde iré a ocultar mi infierno?
¿Para qué, Hoffman [2] celeste,
fuiste, maldita, concebida?

Son estrechas las calles para las tempestades de alegría.
Gente muy bien vestida a la fiesta llegaba sin cesar.
Pienso.
Las ideas, grumos de sangre,
enfermas, coaguladas, se me escapan del cráneo.

Yo,
taumaturgo de toda alegría,
no tendré con quién ir a la fiesta.
¡Me arrojará el dolor, de cabeza,
a hacérmela trizas contra el adoquinado de la Nevski!

He blasfemado.
Grité que Dios no existe
y, en respuesta, él extrajo del fondo del infierno

2. *Hoffman* (1776-1822): escritor romántico alemán que mezclaba lo real con lo imaginario.

una mujer que haría temblar las montañas
y me ha ordenado:
«¡Ámala!»

Dios estará contento.
Bajo el cielo, en un alcor perdido,
un hombre atormentado se ha embrutecido y muere.
Dios se frota las manos
y piensa:
«¡Ahora verás, Vladímir!»
Porque eso es cosa suya, sí, bien suya:
para que yo no pueda descubrir tu misterio,
te dio un marido auténtico
y puso en el piano una música humana.
Si furtivo llegase hasta tu cuarto
a hacer la cruz en nuestra colcha,
sé
que notaría el olor a pelo chamuscado
y que un vapor sulfúreo saldría de la carne del demonio.

A mí, en cambio, hasta el alba
el horror de que fueras conducida al amor
me ha deshecho,
y mis gritos
he desatado en versos,
riqueza presa ya de la locura.
¡A jugar a las cartas!
¡A empapar
en vino la garganta del corazón reseco!

Ya no te necesito.
No quiero.
No importa,

yo sé
que moriré bien pronto.

Si es verdad que tú existes,
Dios,
Dios mío,
si este tapiz de estrellas fue tejido por tí,
ponte la toga de los jueces.
Espera mi visita.
Seré puntual.
No tardaré ni un día.
¡Escucha,
supremo inquisidor!

Cierro la boca.
No oirán un grito
de mis mordidos labios.
Átame a un cometa
como a la cola de un caballo,
arrástrame,
y me destrozas en los pinchos de luz de las estrellas.
O no, mejor:
cuando mi alma se te acerque ya
para escuchar tu juicio,
frunces el ceño,
como una horca
extiendes la vía láctea,
y me cuelgas en ella, igual que a un criminal.
Haz lo quieras,
que, si me descuartizas,
yo mismo, como un justo, te lavaré las manos,
pero
escúchame:

¡Llévate esta maldita
que me ordenaste amar!

Quilómetros de calles mis pies pisan.
¿En dónde iré a ocultar mi infierno?
¿Para qué, Hoffman celeste,
fuiste, maldita, concebida?

II

Al cielo
entre humos, olvidado de su azul,
y a las nubes, girones fugitivos,
salvaré con el alba de mi postrer amor,
encendida y ardiente como un tísico.

Y mi alegría cubrirá el rugido
de la masa, olvidada
de la quietud doméstica.
¡Hombres,
escuchadme!
¡Salid de las trincheras!
¡Combatiréis después!

Incluso en la batalla,
ebria de sangre y torpe como Baco,
las palabras de amor nunca son vanas.

¡Queridos alemanes!
Yo sé
que tenéis en los labios
la Margarita de Goethe.

Con una sonrisa
el francés muere entre las bayonetas,
y sonriendo muere el aviador herido
si recuerda
el beso de tus labios,
Traviata.

Pero ¿a mí qué me importa
la carne sonrosada
que devorará el tiempo?
¡Hoy id y prosternaos a otros pies!
Te canto a ti,
bronceada,
maquillada.

Acaso, de estos días,
horrendos como agudas bayonetas,
cuando los siglos tendrán blanca la barba
quedaremos tan sólo
tú
y yo,
yo corriendo tras tuyo de ciudad en ciudad.

Igual huída más allá del mar
que oculta en la guarida de la noche,
te besaré, a través de las nieblas de Londres incluso,
con los ardientes labios de la luz de un farol.

Si vas en caravana remontando el fuego del desierto,
donde el león acecha,
para ti,
bajo la arena que desgarra el viento,
será un sahara mi mejilla ardiente.

Mírame, una sonrisa entre los labios,
y verás
qué torero que soy.
Y, de improviso,
contra tu palco lanzaré mis celos,
con los ojos del toro agonizando.

Si pasas por un puente, distraída,
y piensas
qué bien que se está allí,
seré yo,
bajo el puente, las aguas del Sena
que te llaman
enseñando sus pútridos dientes.

Y, si con otro enciendes el fuego del corcel
en Strielca o Socóllniqui,[3]
yo te estaré al acecho,
luna desnuda que en la cima espera.

Soy fuerte.
Me necesitarán
y me ordenarán
que perezca en la guerra.
Será tu nombre
el último
que formarán mis labios heridos por las balas.

¿Acabaré en un trono
o en Santa Elena? [4]

3. *Strielca* y *Socóllniqui*: dos parques de Moscú.
4. Referencia a Napoleón, que acabó sus días en la isla de Santa Elena.

Vencida la tormenta de la vida,
soy candidato igual
a rey del universo
que a trabajos forzados.

Si mi destino es de ser rey,
tu rostro
haría que gravasen
en el oro solar de mis monedas.
Y allí,
en el mundo sin tonos de la tundra,
donde el viento del norte hiela el río,
en las cadenas de los deportados
llegaría a escribir tu nombre, Líli,
para poder besarlo entre la obscuridad y la tristeza.

¡Oídme, los que olvidasteis el azul del cielo,
hirsutos
como bestias feroces!
En el mundo, quizá,
este postrer amor
es un alba encendida y ardiente como un tísico.

III

Me olvidaré del año, de la fecha, del día,
encerrado, con una hoja de papel, a solas.
¡Ven, magia sobrehumana
de las palabras que ilumina el llanto!

Hoy, cuando he penetrado en tu casa,
me he sentido

incómodo.
Tú te escondías algo en la blusa de seda
y había en todas partes un aroma de incienso.
«¿Estás contenta?»
Tú, fríamente:
«Mucho.»
Y la inquietud ha roto el dique del cerebro.
Y crece, entre la fiebre, la desesperación.

Escúchame:
tampoco vas a poder
esconder el cadáver.
Lánzame ya a la cara la palabra terrible.
Cada uno de tus músculos grita,
quieras que no,
como por un micrófono:
ha muerto, ha muerto, ha muerto.
¡No!
¡Responde!
¡No mientas!
(¿Cómo voy a poder marcharme así?)
Como dos tumbas
se te hunden los ojos en el rostro.

Las dos tumbas son cada vez más hondas.
No se les ve el fondo.
Me parece
caer del catafalco de mis días.
Como un cable he extendido sobre el abismo mi alma
y allí con las palabras hago malabarismos.

Ya lo sé:
ahora el amor lo ha consumido.

¡En tantas cosas adivino el tedio!
Haz que de nuevo mi alma sea joven
y que el corazón vuelva a sentir la alegría del cuerpo.

Ya lo sé:
por una mujer siempre hay que pagar.
Y nada importa
si, de momento,
en lugar de los lujos de un modelo francés
te visto hoy con humo de tabaco.

Cantaré,
como un apóstol de la edad antigua,
mi amor por centenares de caminos.
Hace siglos te espera una corona
donde están incrustadas mis palabras:
un arco iris de espasmos.

Como dieron a Pirro [5] la victoria
los elefantes de pesados pasos,
así yo tu mente he aturdido con el peso del genio.
En vano.
No te podré vencer.

¡Alégrate,
alégrate!
Acabaste conmigo.
Hoy es tanta mi angustia, que deseo
sólo huir al canal

5. Referencia a los elefantes de guerra, principal arma del rey de Epiro en sus victorias sobre los romanos.

y en el agua rugiente sumergir la cabeza.

Tú me diste tus labios.
Indiferentemente.
Los rocé, y quedé helado,
cual si hubiera besado con labios penitentes
un frío monasterio tallado en piedra fría.

Llamaron
a la puerta.
Y él entró,
lleno de alegría de las calles.
Y yo
gemí, como partido en dos,
mientras gritaba:
«¡Muy bien,
me voy!
¡Muy bien!
Será tuya.
Cúbrela de trapos.
Las sedas pondrán lastre en sus tímidas alas.
Cuida que no te vuele.
¡Ponle, como una piedra,
mil collares de perlas en el cuello!

¡Qué noche,
ésta!
He apurado al extremo mi desesperación.
A mi llanto, a mi risa,
el morro de la alcoba se torció en una mueca de horror.

Y como una visión me surgía tu imagen,
de la alfombra esparciendo el fulgor de tus ojos,

como si un nuevo Biálic [6] evocara en su sueño
a una reina esplendente de la hebrea Sión.

De rodillas me pongo, me humillo,
torturado, ante quien ya no es mía.
Comparado conmigo,
El rey Alberto,[7]
aquel que despojaron
de todas sus ciudades,
era un mimado niño colmado de regalos.

¡Doraos bajo el sol, hierbas y flores!
¡Llenaos de primavera de la vida, elementos vitales!
Yo deseo un veneno solamente:
beber y beber versos.

Tú que mi corazón asqueaste
privándole de todo,
y en el delirio laceraste mi alma,
toma, amada, mi don:
quizá yo nada más podré inventar.

Pintad color de fiesta el día de hoy.
¡Ven, magia
tan parecida a la pasión de Cristo!
Vedme
con clavos de palabras
clavado en el papel.

(1915)

6. *Biálic, Jaím Najman* (1873-1934): poeta que escribía en la antigua lengua hebraica.

7. Alberto I, rey de los belgas entre 1909 y 1934. En 1914, Alemania ocupó casi la totalidad del territorio belga.

LA GUERRA Y EL MUNDO[1]

(*Voiná i mir*)

PRÓLOGO

¡Vosotros sí que tenéis suerte!
De los muertos ya nadie habla mal.[2]
Calmad el odio, pues,
hacia los asesinos que murieron.
Lo sucio de las almas que volaron,
lo lavó un agua purificadora.

¡Vosotros sí que tenéis suerte!
Pero yo,
en medio de las tropas,

1. En el poema *La guerra y el mundo*, Maiakovski expresó su violenta protesta contra la guerra imperialista. Algunas veces, el título de este poema ha sido traducido por *Guerra y paz*, como la conocida novela de León Tolstoi. La palabra rusa «mir» (Mup), ciertamente, significa «mundo» y «paz», y se presta a confusiones. Sin embargo, quien consulte la primera edición del poema, de 1917, con la ortografía antigua, observará que esta palabra se escribe con «i» y no con «u» (estas dos palabras, hoy con la misma ortografía, se escribían entonces de modo diferente). Por consiguiente, no hay ninguna duda para la traducción, pues «Mir» significa, con toda seguridad, «mundo», «universo.»

2. *De los muertos ya nadie habla mal* (*Mió rtvye sramu me ímut*): palabras, según las crónicas, dirigidas por Sviatoslav a sus soldados antes de una batalla contra los griegos, el año 970: «No avergoncemos a la patria rusa, sino dejemos aquí los huesos; de los muertos ya nadie habla mal.»

en medio del estruendo,
¿cómo haré para amar a quienes viven?
Tropezaré,
y la última migaja de mi amor
caerá conmigo en este abismo de humo.

¿Qué les importa a ellos,
a quienes regresaron,
todas vuestras tristezas?
¿Qué les importa
cómo salgan los versos?
Bastante tienen
con esas dos muletas
con las que habrán de andar día tras día.
¿Tienes miedo?
¡Cobarde!
¡Te matarán!
Y, en cambio, así
podrás vivir aún cincuenta años más siendo un esclavo.
¡Mentira!
Yo sé
que en el momento del ataque
seré el primero,
heroico
y audaz.

Oh, ¿quién,
al sentir
la llamada de alarma del tiempo que se acerca,
no saltará valiente?
¡Todos!
Pero ahora
en la tierra

yo
soy el único heraldo de la verdad futura.

¡Hoy exulto!
Sin ensuciar
mi alma
he sabido,
he sabido llegar a lo más hondo.
Entre alaridos,
entre llantos,
única voz humana
alzo ahora
mi voz.

Y, después,
fusiladme.
Atadme al palo,
que no me inmutaré.
¿Qùeréis que aquí en la frente
me ponga un naipe,
y así vean la diana
mejor aún?

DEDICATORIA
A LILA[3]

8 de octubre.
1915.
La fecha
exacta
del rito
de mi consagración como soldado.

«¡Escuchad!
Todos,
incluso los inútiles,
han de vivir.
No podéis,
no se puede,
en las tumbas de la trinchera y el refugio
enterrar a los vivos.
¡Asesinos!»

No escuchan.
Un suboficial que pesaba cien quilos me apretó como una
prensa.

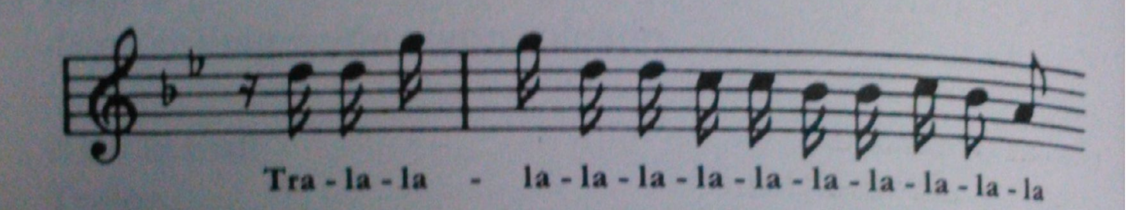
3. Lília O. Brik (1891-1978): amiga y amante de M., de quien éste estuvo toda la vida enamorado y a quien dedicó la casi totalidad de su obra, de la que, junto con la revolución, fue inspiradora. Óssip Brik (1888-1945): escritor, marido de Lília Brik, amigo de M.

De una oreja a otra oreja me pelaron al cero.
Como diana,
en la frente
colocaron la cruz
de recluta.

Ahora yo también marcharé hacia occidente.
Y andaré sin parar
hasta que tus ojos puedan ya llorarme
ante el título
«Muertos»
en negrillas impreso.

PRIMERA PARTE[4]





Y hete aquí
que en la escena,
agitado por la hoguera de la orquesta,
reventó un vientre.
¡Y comenzó!
Creció a la vista de todos, como bajo mil lupas,
serpenteó.
El sudor relucía en las calvas.
De pronto,
se detuvo el ombligo desatado
que giraba al igual que una peonza.

4. La partitura es de las primeras notas de un tango muy popular en la época: *El Choclo*, de Ángel Villoldo y Discápolo.

¡La que se armó!
Las estrellas se unieron en una sola luna
y los ojos, desgarrándose, se fundieron en uno.
Hasta la playa,
más allá de la baba salada,
abrió horrenda sus fauces erizadas de casas.

Giraba.
Las bocas,
como corriente eléctrica,
retorcieron un «¡Bravo!»
¡Bravo!
¡Bra-vo!
¡Bra-a-vo!
¡Bra-a-a-vo!
¡B-ra-a-a-a-vo!
¿Qué es
esto,
esta carnicamásica,[5]
toromorruda[6] multitud?

No cabe entre los versos de plácidos volúmenes
el grito de la ira.
Los nietos de Colón,
descendientes del viejo Galileo,
relinchan, atrapados en la red de las locas cometas.

5. Con este vocablo se ha pretendido traducir la palabra rusa original «*massomiásaia*», inventada por M. y con la que intenta crear una imagen a través de la unión de las palabras «masa» y «carne».

6. Véase la nota 5: el original es «bicomórdvaia», constituida por la unión de «toro» y «morro».



Y allá,
emperifolladas como para una gala,
las damas
se cimbreaban lo mismo que un sombrero de plumas.
Y los hombres golpeaban las teclas de la acera,
frenéticos pianistas de callejeras putas.

A derecha
e izquierda,
de canto,
de soslayo,
exhibiéndose en medio de la plaza del pueblo,
giraban, incrustados en el eje del mundo,
tacatacas de feria
de Babilonias,
de Babilionazas,
de Babilionillas.

Encima de ellos,
botellones
de fascinante longitud.
Debajo de ellos,
vasos
como fosos borrachos.
La gente
se derrumbaba
como un ebrio Noé

o reventaba en carcajadas
con los hocicos de mil Cames.[7]

Se atiborrarán,
y luego,
bajo la noche ciega,
dejarán caer sus carnes en colchones y almohadas,
sobarán sudorosos los unos a los otros,
y a toda la ciudad hará sobresaltar el crujir de los lechos.

La tierra se corrompe.
La luz de los faroles
le desgarra la costra con un chorro de pústulas.
Temblando en el horror de las ciudades,
los hombres agonizan
en un nicho de piedra.

Los médicos,
a uno,
lo sacan de la caja
a ver si entienden el porqué de tanta extraña muerte:
había un rublo
en el alma roída,
como un microbio con las zarpas de oro.

De todas partes,
para irritar deprisa
a la muerte,
haciendo hervir al hombre hasta arriba de todo,
los trenes, los poderosos Diesel de las urbes,
mandaban a vagones sangre contaminada.

Tranquilizaos,
que no duraréis mucho.

7. Según la leyenda, Cam, hijo de Noé, se burló de su padre al verlo embriagado, por lo que recibió la maldición paterna.

Pronto
el hierro del raíl por su venas destila
el mal de las ciudades, y contagia a los pueblos.
Donde cantaban pájaros hoy los frenos chirrían.
En donde había bosque hay una plaza
y un ciento de edificios.
Y, faunos de seis pisos, se lanzan a la danza
burdel tras de burdel.

El sol alza su testa pelirroja
aún con la boca llena de resaca.
No puede ni aguantarse derecha la cabeza.
Casi casi
se volvería al antro de las noches.

Y ni tiempo ha tenido
la noche negra,
venal,
para acostarse,
en el reposo,
en la penumbra,
cuando sobre ella
ha lanzado su enorme cuerpo ardiente
un nuevo día hambriento.

¡Tú, puñado de estrellas!
¡Por sobre los tejados,
aúlla!
¡La noche-monja, que aterrada escape!
¡Vamos!
¡Encima de las hembras se nos dilatan
las narices,
roídas por los dientes ya de la cocaína!

SEGUNDA PARTE

Todo esto sucedió en algún otoño
Todos,
todo el mundo,
ardían.
El sol bullía,
pintor enloquecido,
y dejaba en el polvo manchas color naranja.

Nada importa de dónde,
en la tierra
iban surgiendo voces.
Humildes.
Se acercaban andando de puntillas.

Su murmullo alejaba del corazón la angustia,
pero el terror,
bajo el cráneo,
con roja mano,
desató, desató, desató las ideas,
y apareció
insorportablemente claro
que si no se reunían
los hombres en equipos, en piquetes,
si no se abrían las venas,
contaminada, hasta la misma tierra
moriría.

¡Y morirían todos los Parises,
y los Berlines,
y las Vienas!

¿Por qué os acobardasteis?
¡No lloriquéis ahora!
¡Era antes cuando valía la pena arrepentirse!
A millares de manos cirujanas
les fue distribuida
el arma del bisturí del arsenal.

¡Italia!
Bien se ve
que ni el rey
ni el barbero quizá
saben dónde esconderse.
¡Si hoy los alemanes
se lanzaban
sobre Venecia!

¡Alemania!
Ideas,
museos,
libros,
tirados a las bocas abiertas de las armas.
¡Fauces de los incendios, haced chascar los dientes!
¡Estudiantes![8]
¡Galopad a caballo de Kant!
¡Con el cuchillo puesto entre los dientes!
¡Con los sables desnudos!

8. En el original, *Burscher*, estudiantes miembros de una determinada corporación universitaria alemana.

¿Es que se ha congelado el Asia del pillaje?
Rebullen en la sangre las pasiones en horda.
¡Arrastrad fuera a todos los Tolstois acurrucados tras el
Evangelio!
¡Tirad de ellos de un pie,
y que arrastren la barba por la piedra!

¡Francia!
Que cese el amoroso susurro en tus paseos.
¡A los jóvenes, los tienes que enviar a nuevos bailes!
¿Oyes, amada?
Es bonito
incendiar y violar a los acordes de la Metrallesa.

¡Inglaterra!
¡Turquía!
¡Ra-ta-ta-tatá!
¿Qué pasa?
¡No temáis!
¡No tiene importancia!
¡La tierra!
¡Mirad!
¿Qué tiene en la cabeza?
Se le han hecho en la frente arrugas de trincheras.
¡S-s-s-s-s-s-s!...
Estrépito.
¿Tambores, música?
¿Será posible?
¿Es ella,
ella de veras?
¡Sí!
¡*Ya ha comenzado*!



TERCERA PARTE

¡Nerón,
salve!
¿Quieres ver
un espectáculo teatral grandioso?
Hoy
pelean,
estado contra estado,
dieciséis escogidos gladiadores.

¿Qué son las leyendas de las matanzas de los césares
ante el relato
de lo que pasa hoy día?
Dulce como una aurora sobre el rostro de un niño,
comparado con esto,
es la exageración más monstruosa.

Harás girar como una ardilla la rueda de la risa
cuando tus huesos sepan
que hoy
el mundo
es otro Coliseo,
y que a las olas de todos los océanos
las cubre el negro terciopelo.

Las rocas son las gradas,
y encima de aquel cerro,
al que el combate ha partido los dientes,
los cielos de las catedrales, esqueleto tras esqueleto,
arden, ornados
por un cairel de chispas.

Hoy,
resplandor sobre la calva de la tierra,
ensangrentando el hormigueo de las masas,
en el cielo
está la entera Europa en llamas,
como una lámpara que prende.

Llegaron
para instalarse en los valles de la tierra.
Huéspedes
de pavoroso aspecto.
Sobre sus largos cuellos, obscuramente brillan
los collares de obuses.

Oro de los eslavos.
Negros bigotes de los húngaros.
Obscuras manchas de los negros.
Absorbe, en una hilera interminable,
gente de todas partes de la tierra.
Y allá,
donde los Alpes,
calentándose al crepúsculo,
alzan hacia los cielos sus mejillas heladas,
altivos aviadores han izado sus crestas
de caminos de nube.

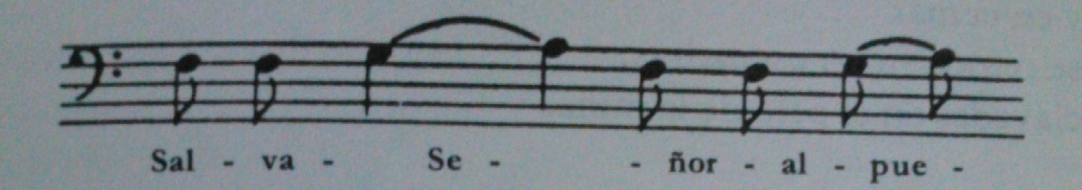
Y cuando a la arena
los guerreros
salieron
por parejas radiantes
y retumbó el fragor por el anfiteatro
del choque de las tropas de millones de hombres,
el globo terrestre
encogió los polos
y, rígido, esperó.
Los canosos océanos
bajaron de sus costas
y ocultaron sus ojos turbios entre la arena.
Por los caminos del crepúsculo
el sol se puso,
severo,
eterno juez.
Centelleando de curiosidad,
a las estrellas, se les salían los ojos de las órbitas.

El momento se para.
Tiene pereza.
Al comenzar los juegos sanguinarios,
tenso, como una cópula,
sin respirar, el instante se detuvo.

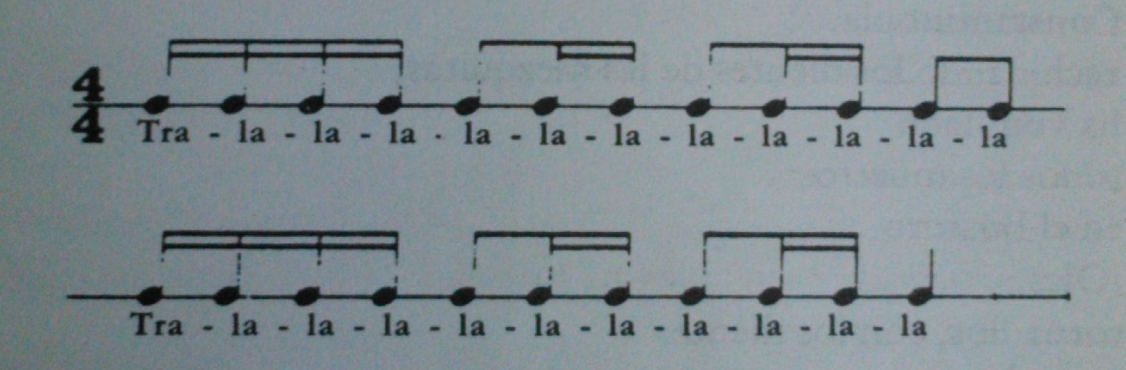
De golpe,
el momento saltó en cien mil pedazos.
La arena se rasgó en un cráter de humo.
El cielo es negro.
Y los instantes se aceleran, se aceleran:
destrozaban,
aullaban,
desgarraban.

El fuego interminable de los tiros
arde sobre el bastión ensangrentado.

¡Adelante!



El grito ha hecho temblar el pecho de las tropas.
¡Adelante!
En las bocas, espuma.
Avanzan los ejércitos llevando sus banderas,
sus tambores:



¡Escenógrafo!
Ya está listo el patíbulo.
Viudas entre la gente.
Todavía no hay muchas.
Y en el cielo
se arboló
el fuego de artificio de los hechos,
cada uno más horrendo que los otros.

Con los ojos muy abiertos,
el faro,
desde tras las montañas,
a través del océano lloraba,
y en la mar
se retorcían las escuadras,
clavadas en el palo de la mina.

En una pesadilla más horrible que el infierno dantesco,
los bronces extenuados por el bronco fragor de los
relinchos,
temblando por París,
hasta la última bala Joffre [9] defiende
las trincheras del barrizal del Marne.

Al sur,
Constantinopla,
rechinando los dientes de las mezquitas,
ha vomitado
todos los muertos
en el Bósforo.
¡Olas,
tornadlos, con los dientes
clavados en los restos últimos de los panes consagrados![10]

9. *Joffre* (1852-1931): mariscal del ejército francés al comenzar la I Guerra Mundial. En el río Marne, en Francia, del 5 al 12 de septiembre de 1914, se desarrolló la mayor batalla de la guerra, y en ella fue derrotado el ejército alemán que avanzaba sobre París.

10. La palabra del original ruso es *prosforá*, pan especial para el ritual de la comunión ortodoxa rusa: el pan es partido en trozos pequeños, que son echados al vino. El pope pone una cucharada de líquido, con un trozo de pan, en la boca de cada comulgante, que se lleva también otro trozo de pan para comerlo seco.

El bosque.
Ni una voz.
Silencio que parece
artificial incluso.
Los de ellos y los muertos se mezclaron.
Y tan sólo
pasan los cuervos y las noches,
revestidos de negro, como monjes en fila.

Y nuevamente, el pecho
expuesto ante las balas,
flotando por las primaveras,
pasando a través del invierno,
hilera tras hilera,
un batallón tras otro,
se esparcen por quilómetros de tierra.

Todo arde.
Una hilera de joven encina.
Una estrella de fuego[11] en el borde del prado.
Y las descargas del alambre espinoso
todo lo carbonizan, lo devoran.

Las baterías vuelven incandescente el aire.
Brincan entre los muertos de pueblos y ciudades.
Sus hocicos de bronce lo devoran
todo.

¡Fuego demoledor!
¿En dónde no golpeará tu ira?

11. La figura en forma de estrella era considerada, a mediados del siglo pasado, portadora de poderes mágicos.

Entraré en un cohete,
en el cielo me ocultaré escapando.
Y del cielo
cae, roja,
sobre la tierra en llamas,
la sangre de Pégoud.[12]

Y la tierra,
y las aguas,
y los aires perfora.
¿Dónde dirigiré mis pasos angustiados?
Enloquecida ya,
estallando en sollozos,
el alma implora huyendo:

«¡Guerra!
¡Basta!
¡Sosiégalos!
¡Ya es estéril la tierra!»
Y los muertos siguieron, por la inercia llevados,
y aún,
por un instante,
corrieron sin cabeza.

Y encima de todo esto
el diablo
esparce una diadema de bostezos.
En la constelación ferroviaria
se encuentra el cielo de Berlín,
con la luz de sus fábricas de bombas.

12. *Pégoud, Adolphe* (1889-1915): aviador francés, muerto en combate aéreo durante la I Guerra Mundial.

Nadie sabe si son
días
o años
los que han pasado desde que en el campo
se hizo a la guerra la primera ofrenda
de sangre, destilada gota a gota en el vaso del mundo.

Lo mismo siempre.
Las piedras,
las cabañas,
los pantanos,
se han empapado en sangre humana.
Por todas partes
los pasos
han chapoteado exactamente igual
en la mezcla humeante del lodazal del mundo.

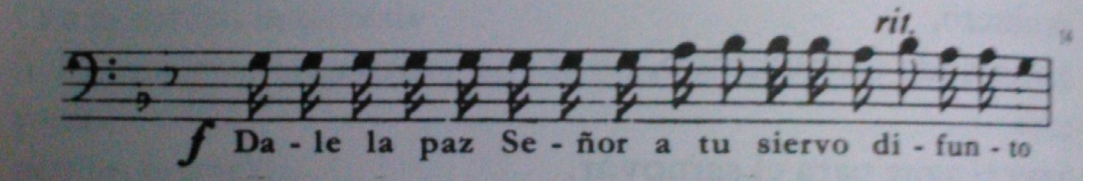
En Rostov,
un obrero,
descansando un domingo,
quiso
poner el agua para el samovar,
y sintió horror:
manaba de todos los grifos
el mismo caldo rojo.

Por los telégrafos se azacanaban las máquinas de Morse.
Hablaban a las ciudades, a aullidos, de los jóvenes.
En Vagáñcovo[13]
estaban rotos los sepultureros.

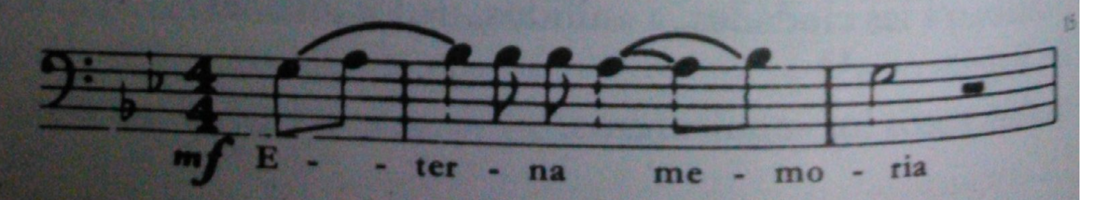
13. *Vagáñcovo*: cementerio de Moscú.

Los portadores de antorchas se movían en la tétrica
Munich.

En la herida disforme, ancha, del regimiento,
los proyectores metieron sus zarpas candentes.
Levantaron a uno
y arrojaron a la trinchera
al que estaba
ensartado en la bayoneta.
Un rostro bíblico.
Sale del foso
una sotana.
«¡Acordaos!
¡Lo mismo sucedió
en tiempos de Pilatos!»
Y un huracán de bombas
le arrancó a tiras
ropas y carne.



Ha surgido del humo un millar de cabezas.
¡Y no hay ojos llorosos!
Todos están velados
por los gases.

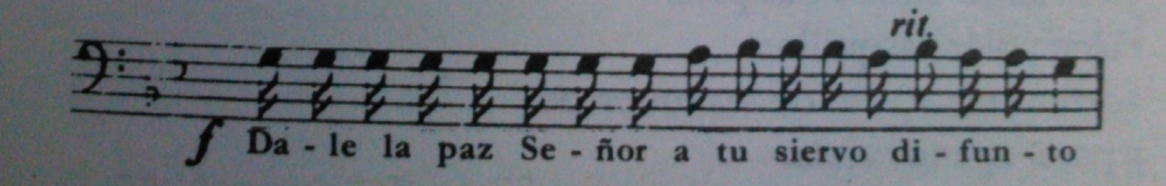


14. Principio de un réquiem ruso.
15. Frase de ese mismo réquiem.

Al alma le crecieron alas blancas.
El gemido de los soldados se eleva sobre el tiroteo:
«Tú que subes al cielo,
estrangúlalo,
estrangula
al vencedor.»

El corazón late agitado.
¿Es una broma?
¿Es la casa de Dios?
Y la puerta del cielo, blindado por las nubes,
hundo de una patada.

Tiemblan los ángeles.
Incluso me dan lástima.
Tienen el óvalo del rostro más blanco que las plumas.
¿Dónde están
los dioses?
«Huyeron,
huyeron todos.
Sabaoth,
Buda,
Alá,
Jehová.»



Un crujido.
Ha crujido.
O crujía.

Pero han pasado ya los cañonazos.
Susurraron un poco
y enmudecieron.
Y la gente salió con sus banderas blancas.
Suplicaban:
«¡Basta ya!»

Nadie ha pedido
que la victoria sea
para su patria.
¿De qué rayo le sirve
a quien sale sin brazos de este festín de sangre?
El último queda espetado en una bayoneta.
Los nuestros se retiran de Kovno
en unos metros
de carne humana destrozada.

Y cuando callaron
todos los caídos,
yaciendo un batallón encima de otro,
apareció la muerte, y sobre las carroñas se puso a bailar,
Taglioni[16] sin nariz, la danza de los esqueletos.

Baila,
y el viento aúlla a sus pies.
Hace volar casquillos,
acaricia el cabello de los muertos
y pasa, apenas vista.

16. *Maria Taglioni* (1804-1884): famosa bailarina italiana, célebre sobre todo por su interpretación en el ballet «La sílfide.»

Al quinto día,
serpenteando caminos
ya llegaban los trenes lentamente.
En un vagón medio podrido,
para cuarenta hombres,
tan sólo cuatro piernas.

CUARTA PARTE

¡Eh!
¡Vosotros!
¡Entornad ya los ojos admirados!
!Las manos, las metéis en los bolsillos!
Ése es
el premio que merecen
los que con tinta embadurnamos montañas de papel.

¿Por qué aplaudirme?
Yo nada he escrito.

Diréis
que miento.
Que a mí no me han herido.
Que no habrá de arreglarse el latir de mis pulsos
si el aplauso subraya
el ritmo del tambor,
mi rimado susurro de crudas maldiciones.

¡Mis queridos señores!
¿No lo entendéis?
Se toma el dolor
y se cultiva, se cultiva:
un pecho atravesado por todos los venablos,

un rostro que se oculta de todas las miradas,
la ciudadela de una cabeza batida por todas las artillerías:
eso es cada uno de mis versos.
No ha saltado
por montones de cuerpos
para destilar triste
un drama lacrimoso.
Lo aplasta el fardo horrible de lo que ha sucedido,
sin ninguna
belleza,
desesperado, roto.

Los han matado
y me es lo mismo
que sea yo o el otro
quien los haya matado.
En el fraterno cementerio,
en la fosa común del corazón,
a millones cayeron:
se pudren,
se agitan, al comerlos los gusanos.

¡No!
¡Con versos, no!
Es mejor
darse un punto a la boca
que continuar hablando.
No se puede
decir eso con versos.
¿Acaso puede
la delicada lengua del poeta
lamer brasas ardientes?



Esto
que tengo entre las manos,
¡fijaos!,
¡esto no es una lira!
¡Destrozado por la vergüenza,
me arranco el corazón,
me rasgo las arterias!

No metáis vuestras manos en las papillas del aplauso.
¡No,
no las metáis!
¡Que reviente la calma de las casas!
Mirad:
piedra bajo mis pies.
Estoy sobre el patíbulo.[17]
La última bocanada
de aire...

Me desangraré, sí,
pero mi sangre dejará
la palabra «Asesino»
marcada sobre el hombre.

¡Escuchad!
A mí
igual que el ciego Vii[18]
me grita el tiempo

17. En ruso, *«na lobnom mesto.»* El *lobnom mesto* es una plataforma redonda, de piedra, construida en 1534 en la Plaza Roja de Moscú, utilizada para anunciar algunos decretos y para ejecutar criminales importantes.

18. *Vii*: ser colosal incapaz de levantar los párpados, que forma parte del folklore ucraniano. Gogol escribió un cuento sobre él.

«¡Levántame,
levántame
los párpados de plomo de los siglos!»

El universo aún florecerá
de nuevo,
alegre.
Para que detrás no haya una mentira absurda,
lo confieso:
yo
soy el culpable único
de este crujir creciente de la vida que ha sido aniquilada.

Escuchad.
El sol ha esparcido sus primeros destellos
sin saber aún
dónde
después de su trabajo se esconderá.
Soy yo,
Maiakovski,
el que a los pies del ídolo
ha traído
al niño degollado.

¡Perdonadme!

Clavando
a los cristianos la daga de sus dientes
los leones lanzaron un rugido.
¿Creéis que era Nerón?
Era yo,
Vladímir

Maiakovski,
quien presidía el circo con mirada de loco.

¡Perdonadme!

Cristo resucitó.
Habéis unido
por un único amor
los labios con los labios.
Maiakovski,
a los herejes,
en las mazmorras de Sevilla,
puestos al potro, los descoyuntaba.

¡Perdonad,
perdonadme!

¡Días!
¡Arrastraos fuera
de las covachas de los años!
Como una cola de humo, por los siglos arrastro
el degüello emplumado de llamas.

Ya ha llegado.

Hoy
no son los alemanes,
ni los rusos,
ni los turcos:
soy yo
mismo

quien arranca la piel de los vivos
y devora la carne del mundo.
Los continentes son cuerpos atravesados por las bayonetas.
Las ciudades, papillas de barro.

¡Sangre!
A ver si sacas de tu río
ni que sea una gota
de la que pueda yo no ser culpable.

¡Ni hablar!
Este
prisionero
de los ojos vacíos
lleva mi marca.
Yo,
que me he desollado las rodillas rezando,
con el hambre he azotado las tierras de Alemania.

Lanzo los rubios rizos de los incendios.
Me encrespo como un lobo en las cuevas obscuras.
¡Hermanos!
¡Por Cristo,
por el amor de Cristo,
perdonadme!



¡No,
no levantaré
mi rostro deformado por la angustia!
¡Maldito de los hombres,
arrepentido golpearé mi frente
hasta romperme el cráneo!

¡Alzaos,
vosotros a quienes humillaron las mentiras,
astrosos mutilados
por las guerras y el tiempo!
¡Alegraos!
¡Se castiga a sí mismo
el único caníbal!

¡No,
no es la astuta invención de un condenado!
Si en el patíbulo no pueden reunir
cada uno de mis trozos,
tanto da.
Yo habré entregado todo mi ser:
seré el único digno
de poder compartir los días nuevos.

Me desangraré
y no quedará nadie,
nadie que pueda atormentar al hombre.
Los hombres nacerán,
los hombres de veras,
mejores, más piadosos que Dios mismo.

QUINTA PARTE

¿Es que acaso
ya
no le quedan colores
al tiempo camaleóntico?
Se retorcerá aún
y caerá luego,
inanimado, torpe.
¿Acaso,
ebria de humos y batallas,
la tierra nunca más alzará la cabeza?

Acaso.

¡No,
no es posible!
Acaso un día el turbión de la mente se nos hará cristal,
acaso un día veremos la sangre que salpica de los cuerpos.
Al cabello erizado se llevará las manos
y gemirá:
«Señor,
¿qué es lo que he hecho?»
¡No,
no es posible!

Alma.
vence el alud de la desesperanza,
busca la dicha del mañana.
Mirad:
si queréis,
de mi ojo derecho
me saco
todo un bosque de flores.
Llenaos las ideas de pájaros fantásticos.
Frente,
álzate entusiasta y orgullosa.
Cerebro mío,
inteligente, alegre constructor,
edifica ciudades.

Hacia aquellos
que los dientes aún
aprietan en el odio,
voy
en el alba de mis brillantes ojos.
Tierra,
levántate
en un millar
de Lázaros vestidos con casullas radiantes.

Y alegría,
¡alegría!
que en todos los hogares
veo
rostros alegres.

Vedlo,
apenas entreabiertos los ojos aturdidos,

la primera
se alzará la Galitzia.[19]
Ha cubierto con hierba su flanco lacerado.

Libres del peso atroz de los cañones,
sus ensangrentadas canas lavándose en el cielo,
se han levantado los gibosos.
Alpes,
los Balcanes,
el Cáucaso,
los Cárpatos.
Y, más altos aún,
dos gigantes
se han puesto en pie.
Uno, el cuerpo dorado,
alza y pide
«¡Venme más cerca!
yo iré hacia ti desde mi lecho batido por las bombas.»
Es el Rin
que lame con labios humildes
la frente del Danubio llena de grietas por los torpederos.

Hasta las colonias, huídas tras la muralla china,
hasta los arenales en que se perdió Persia,
cada ciudad,
en un grito,
respirando la muerte,
ahora brillaba.

Un murmullo.

19. *Galitzia:* región del sur de Polonia y sudoeste de la U.R.S.S., situada entre el Vístula, el San y el curso superior del Dniéster.

Toda la tierra
ha vuelto a abrir los negros labios.
Más fuerte.
Con el rugido del huracán,
restalla:
«Jurad
que nunca más segaréis una vida!»
Y se levantan de sus túmulos
los huesos enterrados,
cubriéndose de carne.

¿Se ha dado
que las piernas cortadas
buscasen
a sus dueños?
¿Que unas cabezas decapitadas los llamasen por su nombre?
Pues
el cuero cabelludo
ha saltado hasta el cráneo,
las piernas acudieron
y viven bajo él.

Desde el fondo de océanos y mares,
con sus banderas
emergen miles de ahogados devueltos a la vida.
¡Sol,
caliéntanos con tus manos,
lame sus ojos con las lenguas de tus rayos!
Sobre tu viejo rostro
riamos,
tiempo.
¡Sanos y salvos volveremos a casa!
Y así,

sobre los rusos,
los búlgaros,
los alemanes,
los hebreos,
sobre todos,
en la celeste bóveda,
escarlata de incendios,
fila tras fila,
los siete mil colores brillarán
de un millar de arcos iris.
Sobre los pueblos rotos
y la gente dispersa
fue transportado el eco
de un atónito
«¡Ah!»
El día ya era tal
que los cuentos de Andersen
jugaban a sus pies como cachorros.

Ahora nadie se cree
que yo haya andado
por el crepúsculo de las callejas, hurgando, sombrío.
Hoy,
en la uña del meñique
de una niña chiquita
hay más sol
que antes había en todo el globo.

El hombre
con sus ojos de par en par la tierra abraza.
Crece
y con su frente llega a las montañas.
El muchacho

en traje de domingo
está –en su libertad–
muy serio
y queda hasta ridículo de orgullo.

Como los sacerdotes
que en recuerdo del drama de la redención
avanzan con la hostia,
cada nación
viene hacia el hombre con sus dones.

«¡Ten!»

«De la América inmensa te traigo la fuerza,
el poder de las máquinas.»

«Yo, Italia,
las suaves noches de Nápoles te ofrezco.
Y, sofocado,
mueve tú el abanico de las palmas.»

«Para ti, aterido por los fríos del norte,
el sol del África.»

«Para ti, quemado por el sol del África,
para ti, con sus nieves
baja de sus montañas el Tibet.»

«Francia,
la primera mujer del mundo,
da el carmín de sus labios.»
«Y la Grecia, sus jóvenes,
la perfección de sus desnudos cuerpos.»

«¿Y de quién son las voces poderosas
que sonoras se trenzan en el canto?
¡Rusia
ha abierto
su corazón en un ardiente himno!»

«Hombres:
el pensamiento os brinda
Alemania, pulido por los siglos.»

«En oro
empapada del todo, hasta la entraña,
la India
os ofrece sus dones.»

«¡Gloria al hombre!
¡Los siglos de los siglos, vida y gloria!
¡A cualquiera
de los que viven en el mundo,
gloria,
gloria,
gloria!»

¡Te van a ahogar!
Pero yo estoy aquí.
Llego prudente,
enorme,
torpe.
¡Qué magnífico estoy
en la más luminosa
de mis almas innúmeras!
Aislada de los grupos, desde muy lejos,
viene a mi encuentro.



¡Maldito,
no palpites así!
Vedla.
Aquí está.

«Buenos días, amada.»

Llenaré de caricias su cabello,
rubio,
rizado.
Oh, ¿qué vientos,
desde dónde llegados,
han logrado el milagro del corazón ya muerto?
Y florecen tus ojos,
dos prados.
Me revuelco por ellos,
niño feliz.

Y todo en torno
ríe.
Banderas.
Y mil colores.
Adelante.
Se adornaron con plumas.
Multitud.
Me adelanto.
Corriendo.
En cada joven la pólvora de Marinetti [20]
y la sabiduría de Hugo [21] en cada anciano.

20. *Marinetti, Filippo Tommaso:* (1876-1944): fundador del futurismo italiano. Defendió la guerra imperialista y, más tarde, apoyó a Mussolini.

21. Se refiere a Víctor Hugo, que en los últimos años de su vida era reverenciado como un sabio.

La capital no tiene labios bastantes para su sonrisa.
¡Todo
afuera de las casas,
a las plazas,
afuera!
¡Como globos de plata,
de ciudad en ciudad
lanzaremos la risa,
el ruido,
la alegría!

No se sabe
si es el aire,
una flor
o algún pájaro.
Pero es canto
y perfume
y tiene mil colores a la vez,
y por ello
se encienden las hogueras de los rostros
y la razón se embriaga con el más dulce vino.
Y no sólo a la gente
de la alegría
le ha florecido el rostro,
las bestias se han rizado
con elegancia el pelo,
y la mar,
ayer tempestuosa,
reposa en calma
tendida a nuestros pies.

Y parece mentira
que navegasen

7

vomitando la muerte:
en las estibas,
la pólvora olvidada para siempre,
los destructores
transportan a los puertos sosegados
inofensivas cosas, a montones.

¿A quién le causan miedo los cañones?
Pero, hombre, ¿éstos,
tan mansos,
podrían destrozarnos?
Ellos,
delante de la casa,
en el prado
pacen tranquilamente.

Mirad,
no es una broma,
no es teatro tampoco.
Por la tarde,
tranquilos,
los fanfarrones zares
pasean a sus hijos
bajo el ojo avizor de las niñeras.

Tierra:
¿de dónde viene tanto amor?
Figúrate
que allá,
bajo un árbol,
dicen que
Cristo juega a las damas
con Caín.

¿No ves, mujer?
¿Es que entornas los ojos para verlo?
¡Si tus ojos son sólo dos rendijas!
¡Ábrelos!
Mira
los míos:
son las puertas de una gran catedral de par en par abiertas.

¡Hombres!
Amados,
no amados,
conocidos,
desconocidos,
en larga procesión entrad por esa puerta.
¡Y él,
el hombre
libre
de quien yo clamo,
vendrá,
creedme,
creed!

(1915-1916)



¡EH!
(¡Ei!)

Mojada, como si la hubiesen lamido,
la multitud.
Un aire rancio sopla sobre la tierra negra.
¡Eh!
Rusia:
¿para cuándo
alguna cosa nueva?

Feliz quien ha podido, por una vez al menos,
por lo menos cerrando los ojos,
olvidaros a todos,
inútiles igual que un resfriado
y sosos
como agua mineral.[1]

Todos vosotros sois tan aburridos
que hacéis pensar en que no exista Capri.
Mas Capri sí que existe:
con la luz de sus flores,
la isla es una mujer con una capa rosa.

1. En traducción literal del ruso, *trézvij cac narzán* (sobrio como Narzán). Narzán es un agua mineral del Cáucaso.

Aceleramos los trenes hasta la orilla, y la orilla
dejamos, balanceando el cuerpo en el vapor.
¡Descubriremos Américas a cientos!
Y allí descansaremos, en polos ignorados.

Mira qué fino eres
y, en cambio,
mira lo ruda que es mi mano.
Quizá, en torneos,
en batallas, quizá,
habré yo sido la más fuerte espada.

Qué hermoso, tras un golpe afortunado,
es ver caer espatarrado al otro.
Y ya está el enemigo con sus antepasados,
allí donde lo envió la lógica inflexible de la espada.

Y después, en el brillo de las doradas salas,
olvidar la costumbre de dormir,
y que la noche pase lentamente,
con los ojos
en coñac sumergidos.

Y al otro día, con el pelo erizado,
salir de la tremenda borrachera
jurando degollar a la mujer infiel
y arrojar su cadáver al océano.

Dejemos el absurdo de chaquetas y cuellos y gemelos,
pintemos la pechera almidonada igual que una armadura,
curvémonos el mango del cuchillo del pan
y hagamos, por un día, de españoles violentos.

Y que, olvidando así su nórdico intelecto,
todos se amen, se agiten, se revuelquen.
¡Eh,
hombre!
¡La misma tierra
invita al vals!

Borda otra vez el cielo,
inventa estrellas nuevas, muéstralas,
y las almas, así, de los artistas
querrán trepar frenéticas, escalando tejados.

(1915)

A LILÍ, EN VEZ DE UNA CARTA [1]
(*¡Lílichca! V meste pis'má*)

El humo del tabaco roe el aire.
La habitación
es un capítulo del infierno de Kruchónij.[2]
¿Te acuerdas?
Junto a esta ventana,
por vez primera,
apasionado acaricié tus manos.
Aquí estás hoy, sentada,
el corazón blindado.
Pasará un día más
y me echarás,
acaso maldiciéndome.
En el fosco vestíbulo, mi mano, temblorosa,
tardará largo rato en encontrar la manga.
Luego echaré a correr
y lanzaré mi cuerpo por las calles.
Rechazado de todos,

1. Dedicado a Lília Brik. Véase la nota 3 del poema «La guerra y el mundo.»
2. Referencia al poema *Juegos en el infierno (Igrá v adú)*, de A. Kruchónij y V. Jlébnikov.

Kruchónij, A. E. (1886-1966): poeta futurista que intentaba inventar un nuevo lenguaje poético, el «lenguaje transcendental» *(zaúmnii iazic)*.
Jlébnikov, V. V. (1885-1922): importante poeta futurista.

enloquecido,
desesperado, roto.
No hace falta todo eso,
amada,
querida amiga.
Despidámonos hoy.
Mi amor,
tan oprimente aún,
te pesa encima
lo mismo,
doquiera que huyas.
Déjame liberar en un último grito
las amarguras del resentimiento.
Si lo desloman de trabajo, un buey
buscará
alivio retozando en agua fresca.
Pero, si no en tu amor,
para mí
no hay mar,
y a tu amor ni siquiera con llanto puedo pedirle tregua.
Si el elefante exhausto busca paz
se echa majestuoso sobre la ardiente arena.
Pero, si no en tu amor,
para mí
no hay sol,
y yo no sé siquiera con quién ni dónde estás.
Si tú hubieras tratado así a un poeta,
él
habría cambiado a su amada por dinero y por gloria,
mas para mí
tan sólo es
eco de fiesta
el que suena en tu nombre idolatrada.

Yo no me tiraré por la ventana,
no tomaré veneno,
y no sabré, apuntándome a la sien, oprimir un gatillo.
Sobre mí,
si no en tu mirada,
no tiene fuerza la hoja de un puñal.
Mañana olvidarás
que yo te he coronado,
que las flores de mi alma se quemaron de amor
y que el carnaval loco de mis días inquietos
desordenará todas las hojas de mis libros.
¿Podrán las hojas secas de mis pobres palabras
detenerte un instante
respirando anhelosa?
Permite al menos
que mi ternura última amortigüe
tus pasos que se alejan.

(1916)

A SÍ MISMO, SU PREFERIDO, DEDICA ESTOS VERSOS EL AUTOR

(Sebé, liubímomu, posviashtshået eti stroqui åvtor)

Lapidario.
Frases como mazazos:
«Al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.»
Pero uno
como yo
¿dónde podrá esconderse?
¿Dónde han previsto cueva para mí?

Si yo fuera
pequeño
como el inmenso océano,
me pondría en puntillas en las olas
y con la marea alta haría mil caricias a la luna.
¿Dónde hallar una amada
que sea como yo?
¿Cabría en ese cielo diminuto?

¡Oh, si yo fuera pobre
igual que un millonario!
¿Qué es el dinero para el alma?
Un ladrón insaciable dentro suyo.
A la horda enloquecida de todos mis deseos
no bastan con su oro todas las Californias.

¡Si fuera tartamudo
como Dante
o Petrarca!
¡Encender toda el alma para una tan sólo!
¡Ordenarle que arda con mis versos!
Las palabras
y mi amor
formarían un arco triunfal,
y por él,
majestuosas, irían pasando,
sin un rastro dejar, las amantes de todos los siglos.

¡Oh, si yo fuera
callado
como el trueno!
Rugiría
abrazando en un solo temblor el decrépito yermo terrestre.
Si yo
bramo con toda mi tremenda voz
torcerán los cometas sus brazos llameantes
y llenos de tristeza se dejarán caer.

Los rayos de mis ojos morderían la noche
si yo fuera
sombrío
como el sol.
¡Qué anhelo siento
de alimentar con mi pujante luz
el seno descarnado de la tierra!

Pasaré
arrastrando mi amor.
¿En qué noche,

delirante,
terrible,
qué Goliat me ha engendrado,
tan grande
y tan inútil?

(1916)

HOMBRE[1]
(Chelovec)

Sacerdote del mundo, que todos los pecados absuelve, el sol tiende la mano sobre mi cabeza. Más piadoso que todos los que llevan vida monacal, reposan sobre mis hombros los paramentos de la noche. Beso el evangelio de mil páginas de mis días de amor.

Invocando el perdón del amor con dolor resonante,
con el alma
anhelo una procesión nueva.
Escucho,
tierra, tu
«Hoy has de perdonar.»

En el arca de la noche,
nuevo Noé,
espero
que una inundación de planetas
venga,
me siga

1. Este poema cierra y corona el período de creación de Maiakovski anterior a la revolución rusa, presentando la posición del poeta sobre el lugar del hombre en la vida. El héroe del poema –el hombre–, dotado de enormes posibilidades y personificado por el autor, muere, sube al cielo, y vuelve a la tierra, muchos miles de años después, con toda su humana fragilidad.

y corte las amarras de la tierra
con la segur del alba.
¡Viene!
Ya ha llegado.
Se descubre.
Luces por todas partes
que causan inquietud.
Los goznes han sonado leves,
y sumisamente entran los días
con su corteza de alboroto.

De nuevo el sol,
que llama a sus ardientes capitanes.
Bate el tambor el alba
¡y avante,
contra la suciedad de la tierra!
Conque,
Sol:
¿así olvidarás
tu mejor
pregonero?

Nacimiento de Maiakovski

Que, aguzados por sus contemporáneos, los imbéciles historiadores escriban, pues: «El insigne poeta vivió una vida aburrida y sin interés alguno.»

Bien lo sé:
no invocarán mi nombre
los pecadores que en el infierno sufren.
No caerá en el Gólgota
mi telón, entre aplausos de los popes.

Así que,
en el Jardín del Estío,
beberé de mañana mi café.
En el cielo de mi Belén
no brilló signo alguno
y no ha impedido nadie
con tumbas
que durmieran los magos de rizados cabellos.
Fue como todos absolutamente
–igual hasta dar asco–
el día
que llegué entre vosotros.
Y a nadie
se le ocurrió avisar
a la indiscreta,
cercana estrella.
«La estrella –dice–
no tiene ganas
de brillar porque sí para ti.
Si no nace
este día hombre alguno,
ni el diablo siquiera,
la estrella
¿por qué tendría
que relucir?

Fijaos:
pescamos con las redes
de fantasía al pececillo que habla
y cantamos,
cantamos al pez de oro
celebrando el valor del pescador.
¿Por qué no he de poder



cantarme a mí mismo,
si todo yo
soy un prodigio inacabable,
si cada gesto mío
es una inmensa
inexplicable maravilla?

Mirad mis dos costados:
estrellas
veréis de cinco puntas.
Se llaman «manos.»
¡Son dos manos perfectas!
Mirad:
puedo moverlas de derecha a izquierda
y de izquierda a derecha.
Mirad:
el mejor cuello
puedo elegir
y con una abarcarlo.

Abridme el estuche del cráneo:
relucirá
la mente más preciosa.
¿Hay algo
quizá que yo no pueda?
¿Queréis que invente un nuevo
animal?
Andará
en sus tres patas
o con dos colas.
Quien me haya dado un beso
puede decir

si existe
néctar más dulce que el de mi saliva.
En ella descansa
una bella
lengua roja.
Puedo hacer «Oh-oh-oh»
y sonará alto, alto.
Puedo hacer «Oh-oh-oh»
y, halcón de cacerías de poeta,
la voz
bajará dulcemente a los humildes.
No os lo contaré todo,
pero, vaya:
para hacer
del invierno verano
y que en buen vino se convierta el agua,
bajo la lana
de mi chaleco
late
una potencia extraordinaria.
Si bate a la derecha, hay una boda.
Y, si lo da a la izquierda, tiemblan los espejismos.
¿A quién tender aún
para amar?
¿Quién yace,
ebrio,
disfrazado de noche?

Una lavandería.
Lavanderas.
Muchas, y hay humedad.
¿Habría que alegrarse, acaso, de las nubes de pompas de
jabón?

8

¡Mirad,
el ciempiés de jamón desaparece!
¿Quiénes son?
¿Las hijas del cielo y del alba?

La tahona.
El tahonero.
Cuece los panecillos.
¿Qué es un tahonero?
Un cero embadurnado con harina.
De improviso,
ante los panecillos
se inclinan mástiles de violines.
Él toca
y toda cosa se enamora de él.

La zapatería.
El zapatero.
Un bribón y un mendigo.
A las botas
les hace falta
algún arreglo.
Una mirada:
hay sobre un arpa
unas polainas.
Lleva corona.
Y es un príncipe
alegre y diestro.

¡Soy yo
quien enarbola
el corazón igual que un estandarte,
inaudito prodigio de nuestro siglo veinte!

Y los romeros han dejado la tumba del Señor.
Los creyentes no acuden hacia la antigua Meca.

Vida de Maiakovski

Un rugido alborota la cueva de los banqueros, de los magnates, de los señores.

Salieron
las armaduras,
con tintineo de oro.

«Si el corazón lo es todo
¿por qué, entonces,
por qué,
te he atesorado, oh amado dinero?
¿Cómo se atreven a cantar?
¿Quién les dio ese derecho?
¿Quién les manda a los días
hacerse amigos?
¡Vallad el cielo!
¡Ceñid la tierra de calles!»
Alardeaba:
«¿Manos?
¡Pues a las armas!
¿Tú le has hecho caricias al verano?
Así, serás
–del todo–
un espinoso erizo.
¡Humillad vuestra lengua
con tanto cotilleo!»

Acorralado en el terrestre coso
arrastro el yugo cotidiano.
Y a horcajadas
sobre el cerebro
«la ley.»
Y sobre el corazón, una cadena:
«la religión.»

La mitad de la vida ya ha pasado. Ahora no escaparás.
El carcelero de millares de ojos:
de luces, luces, luces.

Yo soy un prisionero
¡Y no tengo manera de escaparme!
Me ha encadenado la maldita tierra.
A todos salvaría con mi amor
¡y el mar está en las casas agolpado!
Grito.
¡Escúchame!
Rumor de llaves.
Mueca del carcelero.
Arroja
con la punta de un hierro
un pedazo de carne podrida.

Riendo a carcajadas
–jahhh–
me arrastro en el delirio de la fiebre.
Resuena
la bola del mundo
encadenada a mi tobillo.

El oro ha cerrado con llave
mis ojos.
¿A quién guiará un ciego?
¡Para siempre
yo
estoy encarcelado
en este cuento absurdo!

¡Abajo el fardo
de la ficción sublime!
Se rebelan
las musas
de los vasallos condenados.
Vosotros que creéis en los pavos reales
–una invención de Brehm–,[2]
vosotros, que creéis en las rosas
–mentira de botánicos ociosos–,
mi impecable
descripción de la tierra
lanzad de un siglo en otro.

Separándose de los meridianos,
de las líneas atlánticas,
espumeante,
la metamorfosis del oro
hace resonar francos,
dólares,
rublos,
coronas,

2. *Alfred Edmund Brehm* (1829-1884): zoólogo alemán, cuya obra *Tiereeben* (Vida de los animales), publicada a partir de 1864, describía la vida y los hábitos de los animales y fue muy popular hasta nuestro siglo. Había gente que no creía que existieran algunos de los animales descritos por Brehm.

marcos,
yens.

Y se ahogan genios, gallinas, caballos, violines.
Elefantes se ahogan.
Y mil cosas menudas.
En las gargantas,
en las narices,
en las orejas, un trueno viscoso:
«¡Socorro!»
Nadie escucha el lamento inaccesible.

Pero en medio,
rodeada de una orla imperturbable,
islote intacto, una alfombra de flores.
Aquí
vive
el Sumo Soberano,
mi rival,
mi invencible enemigo.
Finísimos adornos en su calzado elegantísimo.
Bandas preciosas en sus calzones de gomoso.
La corbata,
de color atrevido,
del grueso cuello
desciende al mapamundi de su vientre.

Mueren en su redor.
Mas, perforando el cielo,
en honor
de tu alta dignidad,
alteza:
¡Bra-a-vo!

¡Viva!
¡Banzai!
¡Hurrah!
¡Hoch!
¡Hip, hip!
¡Vive!
¡Hosanna!

Los truenos les reprochan su potencia
a los profetas.
¡Estúpidos!
¡Es él,
que lee a Locke! [3]
Le gusta.
A su risa,
relucen,
tintinean,
las cadenas con dijes de su panza.
Quedamos
mudos
ante la obra del heleno.
Pensamos:
«Pero ¿quién?
¿dónde?
¿cuándo?»
Pero él
era esto
lo que al difunto Fidias [4]
le había ordenado:

3. *Locke, William John* (1863-1930): escritor inglés, autor de novelas sentimentales, la más famosa de las cuales fue *The Beloved Vagabund* (El vagabundo amado), 1906.

4. *Fidias* (500-417 a C): escultor clásico griego, responsable, con su escuela, de las esculturas del Partenón.

«Quiero
bellas mujeres en luciente mármol.»
Son las cuatro.
Un pretexto excelente:
«¡Esclavos,
quiero comer de nuevo!»
Y Dios,
su experto cocinero,
con arcilla
plasma la carne del faisán.
Se acuesta,
tras de haber modelado, para el amor, una hembra.
«¿Quieres ahora
la más preciosa de todas las estrellas?»

Y
para él
una legión de Galileos,
ojos al telescopio, entre los astros hurga.

Las revoluciones estremecen el meollo de los reinos,
del humano rebaño se cambian los pastores,
¡pero ninguna revuelta te toca
a ti,
de las almas señor no coronado!

Pasión de Maiakovski

¿Oís?
¿Oís el relinchar de los caballos?
¿Oís?
¿Oís el aullido de los automóviles?

Van,
son los ciudadanos que van
a darse un baño en su abundancia.
Hay una multitud.
Me oculto entre la gente,
turbado y mísero.
Me aferro a las riendas.
Me agarro
a los vestidos, a las faldas.

¿Qué es esto?
¿Tú?
¿A eso has llegado?
¿Aprendiste a mentir y a ser hipócrita?
Como el rojo fanal de un burdel
son mis ojos,
inyectados en sangre.
¿Por qué?
¡Espera!
¡Yo conozco alegrías aún más dulces!
Altivamente tus pestañas se agitan como un bosque.
¡Espera!
Ya se ha marchado.

Y allí, alzándose sobre nuestras cabezas, Él.

Aunque vestido hasta los pies,
su cráneo brilla,
calvo,
y a todo da esplendor.
Sólo
en la última falange
del anular,



bajo el brillante,
tres
pelillos se alzan.

La veo: está muy cerca.
Se inclina hacia la mano.
Sus labios a los pelos
les dicen no sé qué.
«Flautín» llaman a uno
y «Nubecilla» a otro
y, al tercero, con el secreto resplandor
de un nombre
que ahora mismo he creado.

Ascensión de Maiakovski

Yo soy el poeta. Enseñad a los niños: «El sol se levanta sobre la hierba de la estepa.» Del lecho del amor, bajo sus cortos cabellos, se alza el rostro de la amada.

Con los ojos ha lanzado una flecha.
¡Aleja tu sonrisa!
Pero el corazón desea un tiro
y la garganta anhela una navaja.
En un delirio incoherente sobre el demonio
aumenta mi tristeza.
Viene tras mí,
me conduce hacia el agua,
me lleva hasta el alero de un tejado.
La nieve en derredor.
Todo un monte de nieves.
Girarán en turbión y morirán.

Y cae
–una vez más–
sobre el hielo
una helada esmeralda.
El alma tiembla.
¡Está en medio del hielo
y no puede salir!
Caminaré, hechizado,
por la orilla del Neva.
Me muevo,
y estoy de nuevo aquí.
Corro,
y nuevamente en vano.

Ante mí se levanta una casa.
Tras el hielo de la ventana
se abre
el alba barriguda.

¡Fuera!

El gato maullaba.
Al arder, humeaba
la lámpara.
Llamo a la campanilla.
¡Farmacéutico!
¡Farmacéutico!
Pendo de los bastones de las piernas.

Crecieron
y se embrollaron mis ideas,
astas
de ciervo.

Alfombrando de llanto
el pavimento,
yo yacía, invocando
mi perdido paraíso.

¡Farmacéutico!
¡Farmacéutico!
¿Dónde
puede el corazón
hasta el fondo
apurar la tristeza?
¿En los llanos del cielo sin fronteras,
en el delirio del Sahara,
en el loco calor de los desiertos,
hay un refugio para los celosos?
Detrás de los cristales de los frascos
se esconden mil misterios.
Tú conoces la más alta justicia.
Farmacéutico,
haz
que yo pueda
conducir a mi alma,
sin dolor,
por los vastos espacios.

Tiende la mano.
Un cráneo.
«Veneno.»
Un hueso cruzado sobre otro.

¿A quién da eso?
Yo soy inmortal,
tu insospechado huésped.

Los ojos, ciegos.
La voz, enmudecida.
La razón detrás suyo ha cerrado la puerta.
Así, pues, ¿qué
–¡veamos!–
ha visto en mí
que deba destruirse con veneno?
Un turbio pensamiento se abrió paso en la mente del cretino.
Gente desocupada en las ventanas.
Se erizan los cabellos.

Y yo, de pronto,
vuelo ligero alrededor.
El techo se ha abierto por sí solo.

Chillidos.
Estrépito.
«¡Está sobre la casa!»
Sobre la casa estoy.

La iglesia en el ocaso.
La cruz es un cabo de vela.
¡Adelante!
Las cimas de los bosques.
Graznido de los cuervos.
¡Adelante!

¡Estudiantes!
¡Son tonterías
todo lo que sabemos y estudiamos!
Física, química, astronomía: absurdos.
Lo he deseado,

y estoy volando
sobre las nubes.

¡Puedo ir por todas partes!
Rebélate, fangal de las baladas poéticas.
Cantad ahora,
cantad ahora al nuevo
demonio que usa americana
y brillantes zapatos amarillos.

Maiakovski en los cielos

¡Stop!

Descargo en una nube
el peso
de las cosas
y del cuerpo cansado.

Sitios encantadores, en los que hasta hoy no había estado.

Miro a mi alrededor.
¿Así que es este
área relamida
el tan loado cielo?

Mirémoslo, mirémoslo.

Centellea,
fulgura,
resplandece
y

se oye un rumor:
unas nubes,
o bien figuras incorpóreas,
se han deslizado leves.

«Se una bella ti giura amore...» [5]

¿Aquí,
en la torre del cielo,
escuchar música de Verdi?
En una nube hay un orificio.
Miro:
cantan los ángeles.
Viven muy bien los ángeles.
Muy bien viven.
uno de ellos sale
y amablemente
rompe el silencio soñoliento:
«Y bien,
Vladímir Vladímirovich,[6]
¿le gusta el abismo?»

5. Este verso, que Maiakovski cita como parte del texto de una ópera de Verdi, ha producido curiosas incidencias en diversas ediciones. La traducción italiana por Ignazio Ambrogio dice que pertenece a *Rigoletto*. En la catalana, de Joaquim Horta y Manuel de Seabra, se dice que es de *La Traviata*. Llila Guerrero, traductora argentina, substituye este verso por otro, de *Rigoletto*, muy conocido y, por tanto, de rapidísima comunicación, y pone *La donna è mobile*. Y Santos Hernández, único responsable de esta nota, se permite asegurar, humildemente y tras de haberse asesorado lo mejor que ha sabido, que este verso no está en el texto ni de ninguna de estas dos óperas ni de cualquiera de las más conocidas de Verdi. Acaso nos encontramos ante una equivocación de Maiakovski, que pretenda aludir, por ejemplo, a *Bella figlia dell'amore*, verso que, éste sí, pertenece al tercer acto de *Rigoletto*.

6. El nombre completo del autor es Vladímir Vladímirovich Maiakovski. En el trato normal, los rusos utilizan casi siempre el nombre propio acompañado del patronímico.

Y yo respondo con la misma
cortesía:
«Un abismo encantador.
¡Un abismo de ensueño!»

De entrada, me irritó:
no hay
ni un rincón recogido
ni té
ni, para el té, un periódico.
Pero poquito a poco me habitué a aquel modo de vida de los cielos.
Salía con los otros a curiosear
si había llegado alguien.
«¡Ah, usted también!»
Lo abracé muy contento.
«¡Buenos días, Vladímir Vladímirovich!»
«¡Buenos días, Abram Vasílievich! [7]»
¿Y cómo ha muerto usted?
¿Ya se ha habituado?

Qué bromas tan simpáticas, ¿verdad?

Me gustó.
Me puse delante de la entrada.
Y si se presentaba
algún conocido
lo acompañaba
y le enseñaba, en el teatro de las constelaciones,
las majestuosas escenas de los mundos.

7. *Abram Vasílievich Evnin*, amigo de Maiakovski.

La estación central de todos los fenómenos,
un lío de palancas, de enchufes, de volantes.
Hacia aquí,
y los mundos aflojan,
perezosos, su marcha;
hacia allá,
y girarán más bruscos, más ligeros.
«Dele vuelta –suplican– más deprisa
y que el mundo se quede desierto.»
¿Qué es lo que quieren?
¿Regar con sangre todas las campiñas?
Me río de su furia.
«¡Que se vayan al diablo!
¡Que lo inunden si quieren!
¡Me importa un pito!»
El depósito central de todos los modelos de rayos.
Y aquí, donde se echan las estrellas gastadas.
Un viejo diseño,
no se sabe de quién:
un proyecto fustrado de ballena.

Seriedad,
que hay mucho trabajo.
Quién ajusta las nubes,
quien añade calor a la estufa del sol.
Todo está atrozmente ordenado,
regulado,
tranquilo.
Y nadie da empujones.
Por lo demás, no hace ninguna falta.

Al principio gruñían.
«¡Va zangoloteando y no hace nada!»

Mi trabajo se ofrece al corazón,
pero ¿dónde se encuentra el corazón de quien no tiene
cuerpo?
Les propuse:
«Si queréis,
en una nube
me tiendo a lo largo
y me dedico
a miraros a todos.»

«No –me dijeron–. No estamos de acuerdo.»
«Bien. Si no os gusta, no tiene importancia. Yo tenía que
hacer la sugerencia.»
Los herreros del tiempo
utilizan sus fuelles
y un nuevo
año
ya está a punto de solfa.
Desde aquí
se precipita con estrépito
el alud espantoso de los siglos.

No cuento las semanas.
Nosotros,
presos en la cornisa de los tiempos,
no dividimos el amor en días
y los nombres amados no cambiamos.

Me calmé.
En la arena, a los rayos de la luna,
yacía inmóvil,
mezclando las tensiones con los sueños.
Me parecía estar

en una playa, al sur,
aperezado, en calma.
Sobre mí,
tierno, afectuoso,
rueda el eterno mar.

Retorno de Maiakovski

1, 2, 4, 8, 16, mil, millones.

Levántate.
Ya basta.
¡Los ojos hacia el sol!
¿Hasta cuándo estarás aquí, tendido y mudo?

Gruño medio dormido.
«¿Por qué este escándalo?
¿Quién me hace ruido dentro igual que un corazón?

Quizá es
por la mañana.
Nunca cambia esta luz blanquecina del cielo.

Cuántos siglos
han pasado
y cuántos días se han ido a romper allá a lo lejos.
Y me pregunto,
mirando la Vía Láctea,
«¿No se habrá abierto aquí mi barba, tan canosa?»

Caen las estrellas.

Muevo los ojos.
¡Mira
allá abajo
la tierra, que cae rápida!
En el alma despiertan envidias olvidadas
y, ocioso,
el cerebro
construye fantasías.
Ahora
en la tierra
todo ha de ser nuevo.
Fragantes primaveras se abren en cada pueblo.
Acaso las ciudades se iluminaron todas.
Y canta una familia sonrosada y feliz.

Nostalgia.
Más aguda, aún más cada vez.
Majestuosa se eleva una nube;
se enciende, lejos, otra.
Y siempre creo ver
muy cerca
un semblante terrestre.

Estoy tenso
y busco,
entre los otros sitios,
la tierra.

¡Mírala!

Me siento emocionado.
Distingo los mares,
y el monte en el grito del águila.

A mi lado, mi padre.
Como siempre.
Quizá un poco más duro de oído,
y un poco gastado
en los codos
su uniforme de guardabosque.[8]

Me irrita.
Tiene en tierra
los ojos.
¿En qué tiene las mientes el viejo?
En voz muy baja dice:
«En el Cáucaso [9]
debe ser primavera.»

Un rebaño incorpóreo
que la tristeza
va persiguiendo.

Irrumpe, colérico, un granuja.

¡Papá,
me aburro!
¡Me aburro, papá!
¡Seducís con el cielo a los poetas imbéciles!
¡Os adornasteis bien,
legión de las estrellas!
¡Sol!
¿Por qué luces tu manto?



8. El padre de Maiakovski era guardabosque y murió cuando el poeta era pequeño.

9. Maiakovski nació en el Cáucaso, en Bagdadi (hoy Maiakovski, en honor del poeta). Allí pasó su infancia y allí también murió su padre.

¿Es que te crees ser un cardenal?
¡Deja de masticar tus rayos en letargo!
¡Seguidme!
No importa si no tenéis pies;
¿por qué os habíais de ensuciar?
Ni siquiera los chanclos hacen falta en el fango terrestre.

Estrellas,
dejad
de trenzar
la corona de espinas
para la tierra.
Un relámpago rojo.
¿Quién va
con sus alas
brillando hacia la tierra?
¿Es el alba?
¡Espera!
Que todavía estamos en camino.

Igual me tenderé sobre un arco iris
que me pondré una cola lo mismo que un cometa.
¿Por qué me habré yo puesto a jugar en el cielo?
En la manga ¿qué horror secreto escondo?

Muestro
a los mundos
mis números
a unas velocidades increíbles.
El alma,
sin asilo hace tiempo,
vibra de pensamientos
sobre días lejanos.

Veo
los hemisferios terrestres como grupos.
En ellos, las ciudades.

El oído distingue, claras, algunas voces.

En veloz movimiento.

«¡Eh, viejecita, hola!»
Se desliza veloz sobre el asfalto.
Se detiene.

Del viajero de los cielos
les asombra la fuerza, de la que ellos carecen.

Voces:
«Mirad,
debe ser el pintor,
que estaba en el tejado.
¡Facilidades!
¡Un trabajo bien duro!»

La multitud
vuelve a ser
presa de sus quehaceres
y en su jornada gira vocinglera.
¿Acaso hay
una garganta
que resuene más fuerte
–más aun que la ciudad–
en medio del estruendo?
¿Quién hará suyas las explosivas ansias de la calle?
¿Quién pondrá luz en todos los recodos de los túneles?

¿Y quién les detendrá,
cuando perforen
los aviones el hollín del aire?

Por el ecuador,
desde Chicago,
a través de Tambov,
ruedan los rublos.
Tendiendo el cuello,
corren ansiosos
tropezando con
montañas,
mares,
calles.

Les guía el mismo
calvo invisible,
primer maestro de danza del terrestre can-can.
O bien con el aspecto de una idea,
o bien igual que el diablo,
o bien desvaneciéndose entre nubes, brillante como Dios

¡Callad, filósofos!
Yo sé muy bien
–no discutáis–
por qué les dieron a ellos la fuente de la vida.
Por romper
los días,
quitarlos de la faz del calendario.
¿Compadecerlos?
Y ellos ¿me compadecen?
¡Han devorado calles,
jardines,

suburbios!
Yo, ¿soy un anticuario?
¡Demostradlo!
Compro un puñal.
Y es muy dulce sentir
que ahora estoy
cercano a la venganza.

Maiakovski a los siglos

¿A dónde voy?
¿Por qué?
Por la calle centésima
divago
como una humana
y zumbante colmena.

Los ojos se proyectan
desde los huecos de las ventanas
y, en julio,
será pesadamente,
lejanamente,
abominablemente.

Apaga escaparates y ventanas
la ciudad.

Estoy cansado y triste.

Y, solo allí,
el sanguinario matarife del crepúsculo
destripa la carroña de las nubes.



10

Voy vagando al acaso.
Un puente de leyenda.
Lo atravieso.
Me quedo, preocupado, mirando.
Me detuve, me acuerdo.
Era este esplendor:
esto
entonces
era llamado Neva.

La ciudad aquí estaba.
Una ciudad absurda,
selva de chimeneas.
En esta misma ciudad
pronto
comenzarán las noches,
vítreas,
blanquecinas.[10]

Para julio, kaput.
Nos desnochea en cuando calorece.
Se sale del delirio con un susurro misterioso.
Y, o bien se ve la cruz de una ambulancia,
o bien se oye un disparo.
Luego
todo calla de nuevo.

Bien sé
que alguien como yo

10. Alusión a las «noches blancas» de Leningrado, que comienzan a mediado[s] de mayo, y que no duran más que de dos a tres horas, y durante las cuales, a med[ia] noche y sin luz artificial, puede leerse el periódico en la calle.

no puede
brillar por mucho tiempo,
cierto,
mas, con todo, es brutal
cuando en cada uno, en miles de faroles,
se ve un único rostro.
¿Cuándo se ha dado una obsesión así?

Encima de la casa,
muy cerca del alero,
vas con los rayos.
Los reúnes en haces.
Me acerco.
Huyes entre la niebla
en mis narices.
Y me quedo de nuevo,
parado, mudo.
Se van los paseantes de medianoche [11] yendo.
Noto casi el olor de la piel,
casi el aliento,
casi la voz.
Me parece un fantasma
de pronto aparecido.

Avanzó,
brotando del aire.
No podía
estar sola.
Va como en procesión.
El corazón pesadamente bate.

11. Durante las «noches blancas» (véase nota 10), en Leningrado la gente tiene la costumbre de pasear por las calles hasta muy tarde, cosa que no sucede en otras épocas del año.

Regreso a los tormentos de la tierra.
¡Viva
—una vez más—
mi locura!

De nuevo los faroles están puestos
en medio de la calle.
Y las casas, igual.
Y del mismo modo,
en la hornacina,
esculpida
la testa del caballo.

«Por favor,
¿es la calle Yukovski?» [12]

Mira,
igual que un niño mira un esqueleto.
¡Qué ojos!
Se inclina hacia adelante.

«Fue de Maiakovski hace mil años.
Aquí se pegó un tiro, delante de la puerta de su amada.»
¿Quién se pegó aquí un tiro?
¿Yo?
¡Mira que inventan cosas!
¡Haz brotar, corazón, una alegría espléndida!
Vuelo
hacia la ventana.
Contraje el hábito en el cielo.

12. En la calle Yukovski, de Moscú, había un edificio adornado con la escultura de la cabeza de un caballo.

Arriba.
Cada vez más arriba.
Un piso después de otro.
Tapada.
Miro tras de la seda.
Todo igual.
Veo la misma alcoba.

Ha pasado a través de millones de años
igual de joven.
Duerme,
la luna reflejada en sus cabellos.
Un momento:
eso que la luna parecía
muestra ser una calva desnuda.

Ahora lo comprendo.
que duerman ahora.
Mano,
apresta la hoja del puñal.
Penetro lentamente.
Observo
y –de nuevo–
amo
y vuelvo
atrás hacia el amor y la piedad.

¡Buenos días!

Se enciende la luz.
De par en par, dos ojos.
«¿Quién es usted?»
«Soy Nicoláev,

ingeniero.
Ésta es mi casa.
Y usted ¿quién es?
¿por qué molesta a mi mujer?»

La habitación de otro.
Se estremecía el día.
Tensas las comisuras de los labios,
la mujer de otro,
semidesnuda.

Huyo.

Sombra lacerada,
despeinado,
enorme,
corro pegado al muro,
inundado de luna.
Y los vecinos salen,
atándose las batas.
Choco contra una losa.
Arrincono al portero a empellones.
«¿Qué fue de
la del cuarenta y dos?»
«Una leyenda:
saltó, siguiéndolo,
por la ventana.
Y así descansan
uno junto a otro.

¿Dónde ir ahora?
Donde los ojos
nos llevan.

¿Al campo?
¡Pues sea, al campo!
Tralará - la - la,
tralará - la - la,
tralará, tralará, la - la.

¡Lanzadme un rayo al cuello, como un lazo!
¡Me abrazaré al verano ardiente!
Retumban sobre mí
los grilletes
de un milenio de amores.

Fenecerá todo.
Desaparecerá.
Y el rayo último,
el que mueve la vida, sobre el vacío de los astros
se extinguirá en los postreros soles.

Tan sólo mi dolor
es más terrible.
Me yergo
entre las llamas
del fuego inextinguible
de un imposible amor.

FINAL

Inmenso espacio,
al vagabundo
acoge
nuevamente en tu seno.

¿Qué cielo ahora?
¿Qué estrella?

Con mil iglesias
bajo mis pies,
atraía
y atrae aún el mundo:
«¡Descansa en paz!»

(1916-1917)

HERMANOS ESCRITORES
(Brat'ia pisáteli)

Es evidente que no me habituaré
a sentarme en el *Bristol* [1]
a tomar el té
mintiendo a tanto el verso.
Acabaría tirándolo
o me encaramaría en una mesa.
¡Escuchadme,
hermanos escritores!

Aquí estáis sentaditos,
zambullendo los ojos en el té.
Con los codos gastados a fuerza de escribir.
Dejad ya de mirar los empezados vasos
y apartad de la oreja la melena.

Vosotros,
apoyados
en la pared,
en el papel de la pared,
guapines,
¿qué es lo que os ha unido a la palabra?

1. *Bristol*: café literario de Petrogrado.

¿Sabíais
que cuando no escribía
François Villon [2] era un bandido?
¿A vosotros,
que asís con precaución
hasta un cortapapeles,
ha sido confiada la belleza del más brillante siglo?
¿Cómo vais a escribir?
Hoy
la vida
de un empleado de banca
es diez mil veces más interesante.

Señores poetas,
¿es posible que no estéis ya más que hartos
del amor,
de los pajes,
de los palacios
y de la bellas flores?
Si los creadores
son como sois vosotros
me importa tres narices todo el arte.
Más me vale poner algún negocio.
Iré a la Bolsa.
Con la cartera llena me forraré el costado.
Me relinchará el alma
en un canto borracho
en las letrinas de cualquier taberna.

2. *Villon, François* (1431-?): poeta francés, preso diversas veces por robos y vio-lencias, acusado de asesinato. Fue finalmente deportado, no teniéndose noticias d[e] él a partir de dicho momento. Es uno de los más importantes poetas franceses, e[l] primer poeta francés moderno.

¿No os caerá algún capón bajo el pelo?
No hay más que un pensamiento
en todas estas testas:
«¿Peinarse? ¿Para qué?
Para un rato no vale la pena,
y estar eternamente
peinados
es imposible.» [3]

(1917)



3. Parodia de algunos versos del poema de Mijail Lérmotov «Asqueado y triste» (*Tsuchno i grustno*): «¿Amar? Pero ¿a quién? / Para un rato no vale la pena/ y estar eternamente / enamorado / es imposible.»

EN BUENA RELACIÓN CON LOS CABALLOS
(Joróisheie otnoishénie k lóishadiam)

Batían los cascos
como si cantaran:
Clip,
clap,
clop,
clup.

Borracha de viento,
de hielo calzada,
resbaladiza calle.
Un caballo
cayó sobre la grupa.
Y enseguida,
un zángano tras otro
de los que en la Kustnetski [1] lucen el pantalón
hicieron corro.
Suena alegre una risa:
«¡Se ha caído un caballo!
¡Un caballo ha caído!»
La Kustnetski reía.
Sólo yo
no unía mi voz a su berrido.

1. *Kustnetski*: calle elegante de Moscú.

Me aproximé
y vi
los ojos del caballo.

La calle estaba del revés
y corría a su modo.
Me aproximé y vi
resbalar por el belfo,
perdiéndose entre el pelo,
gruesas gotas, de una en una.

Y una tristeza,
simple, feroz,
brotó de mí saltando
y se hizo un susurro:
«Caballo, no hagas caso.
Caballo, escucha:
¿es que te crees que eres peor que ellos?
Chico,
todos somos un poco caballos.
Cada cual es caballo a su manera.»

A lo mejor
ya era viejo
y no necesitaba la niñera,
o bien le pareció pueril lo que le dije,
pero el caballo,
de golpe,
se alzó sobre sus cascos
y relinchó,
marchándose.
Agitaba la cola.
Contento como un crío.

Llegó la mar de alegre
y se quedó en su establo.
Le parecía aún
que era un potro
y que vivir valía bien la pena
y también trabajar.

(1918)

POETA OBRERO
(*Poet rabóchii*)

Le gritan al poeta:
«Pegado al torno te querríamos ver.
¿Qué son los versos?
¿Para qué sirven?
No te iría tan bien lo de arrimar el hombro.»
Acaso
el trabajo
para nosotros
sea la más querida de las ocupaciones.
Soy, también yo, una fábrica.
Y si no tengo
chimeneas,
acaso
para mí
estar sin chimeneas sea aun más difícil.
Ya sé
que a vosotros no os gustan las frases.
Trabajáis, cortáis robles.
¿Y nosotros?
¿Es que acaso no hacemos marquetería nosotros?
Con madera de hombre trabajamos.
Cierto
que la pesca es trabajo bien honrado.
Echáis las redes.
¡Y pescáis peces!
Pues no es menos honrado trabajar de poeta:
pescamos hombres vivos, y no peces.

Es algo agotador quemarse ante la fragua,
templar el metal sibilante.
Pero ¿quién
nos podría acusar de gandules?
Los cerebros pulimos con lima de palabras.
¿Quién es superior?
¿El poeta, o el técnico
que nos da el bienestar material?
Son iguales.
El corazón es un motor.
Y el alma es un motor en extremo complejo.
Somos iguales.
Somos todos obreros, compañeros.
Proletarios de espíritu y de cuerpo.[1]
Tan sólo juntos
haremos bello el mundo
y en él haremos resonar los himnos.
Construyamos un dique contra las tempestades de palabras.
¡Manos a la obra!
A la obra de un trabajo vivo y nuevo.
Los oradores vagos
¡al molino!
¡Entre los molineros!
¡Que haga girar la rueda el agua de su charla!

(1918)

1. Al defender la igualdad entre el poeta proletario y la clase obrera, Maiakovski se alza contra el espíritu elitista de la *Proletkult*.

NOSOTROS AVANZAMOS
(My idiom)

¿Quién sois vosotros?
Nosotros
somos los pregoneros de una nueva fe
que le da a la belleza tonalidad de hierro.
Porque las plantas débiles no alteren los jardines
nuestro cemento armado alzamos hacia el sol.
Victoriosos,
por el mundo avanzamos,
entre alaridos de furiosos viejos.
Y a aquellos
que están en contra nuestra
recordamos
este caso, a manera de consejo:
Una vez
un policía
amenazó
al arco iris con el puño:
«¿Cómo osas presentarte más elegante y más bello
que yo?»
Pero el arco iris
se encogió de hombros
y bajó
a brillar más aún en el puño del mílite.
¿Es de comunistas
prostrenarse
ante quien es más viejo?
¿Respetar la inviolabilidad del puesto asegurado?

Es la revolución
la que hasta en la iglesia de la Pasión
escribió
«quien no trabaja no come.»
La revolución
ha liberado
a todos
los que en mil modos lamentaban
las ruinas existentes,
porque ella sabe
que un arquitecto nuevo llega:
nosotros,
los creadores de la ciudad futura.
Nosotros avanzamos,
invencibles,
audaces.
¡Eh, los de veinte años!
Venid, porque hacéis falta.
Al ritmo del tambor
traed a cubos los colores nuevos.
Pintémonos con ellos.
¡Brilla, Moscú!
Y que
desde un periódico
algún degenerado
nos ataque si quiere
(no por la vida, sino por la bolsa).
Por una orden de Herodes fue la matanza de los inocentes,
pero a la juventud
le importa un bledo:
vive.

(1919).

150.000.000



150.000.000 es el nombre del autor de este poema.[1]
Las balas son su ritmo.
La rima es el fuego que salta de edificio en edificio.
150.000.000 hablan por mi boca.
Esta edición ha sido impresa
con la rotativa de los pasos
sobre el pregrino del adoquinado.

¿Quién pedirá a la luna,
quién exigirá al sol
«¿por qué
hacéis los días y las noches?»
¿Quién dará un nombre al genial creador del universo?
Así
también de éste
mi
poema
nadie es autor.
Su sola idea es
resplandecer en la mañana que nace.
En aquel día exacto,
en aquel día y en aquella hora,

1. Este poema fue publicado sin nombre de autor. El mismo Maiakovski escribió: «Lo publico sin que conste el nombre del autor. Quiero que todo el mundo lo retoque y lo mejore. No lo ha escrito nadie.»

en la tierra,
bajo ella,
en el cielo
y más alto aun,

aparecieron estos
pasquines,
folletos,
manifiestos:

«¡A todos!
!A todos!
¡A todos!
!A todos aquellos
que ya no pueden más!
¡Salid
juntos
y andad!»

(*Firmas*)

La venganza, maestro de ceremonias.
El hambre, organizador.
La bayoneta.
La pistola.
La bomba.

(*Tres firmas más, de los secretarios*)

¡Vamos!
¡Vamos!
¡Vamosvamos!

Oh, oh,
oh, oh, oh, oh,
oh, oh,
¡Se caen!
¡Vanka![2]
¡Esconde en la bota los rublos!
¿Acaso un vagabundo descalzado puede dejar de hablar en
la asamblea?
¡Y está muerta la pequeña Rusia!
¡La han destrozado, a la
infeliz!
Encontraremos a la nueva Rusia.
¡La Rusia omnimundial!
¡Va–a–a–mos!
Él se ha quedado tieso
mirando el té
con pastas.
Iré a él
con cólera.
Iré hacia él
con tifus.
Iré hacia él
y le diré:
«Wilson Woodrow,[3]
¿es de veras que quieres un cubo de mi sangre?
Pues ya verás.»
Y llegaremos hasta
Lloyd George

2. Iván (diminutivo Vanka) es quizás el más popular de los nombres rusos, hasta el punto de que en algunas zonas soviéticas decir «es un Iván» significa decir «es un ruso». Esta personificación es utilizada por Maiakovski en el poema.

3. *Woodrow, Wilson* (1856-1924): presidente (1913-1921) de los EUA. No hemos de olvidar que los EUA participaron activamente en la guerra civil que siguió a la Revolución de Octubre, al lado de las fuerzas que pretendían (Gran Bretaña, Polonia, Finlandia, Japón, Francia, Turquía, Checoeslovaquia y EUA) aplastar a la República Soviética. Entre otras acciones, hubo un desembarco en Siberia que intentaba establecer contacto con Kolchak y con la división checoeslovaca.

Y le diremos:
«Oye,
Jorge...»
¡Llegaremos hasta él!
En medio del mar.
Aterrorizado,
¿como podrá llegar
el rocín ruso?

¡No importa!
¡Iremos de romeros!
¡Vámonosvamos!
Se ha despertado al grito
del bosque,
soñolienta,
se alza toda la fuerza de bestias y de bichos.
Ha chillado el cerdito que el elefante aplasta.
Y los cachorros ya se han puesto en fila.
Y es insorportable un grito humano.
El grito de las fieras
ha enrollado el alma
como una cuerda.

(Os traduciré el rugido feroz,
si no sabéis la lengua de la fieras).
«¡Escucha,
Wilson,
que flotas en tu grasa!:
La culpa es de los hombres,
a ellos es a quien has de castigar.
No firmamos
nosotros el tratado de Versalles.
Nosotros,
las bestias,
¿por qué pasamos hambre?
¡Que pase a ellos nuestro animal dolor!
¡Comer bien, hasta hartarnos, al menos una vez!
¡Desde la India, grávida de hierbas gigantescas,
vamos a la pradera americana!»

¡O–o–o–oh!
Estamos muy estrechos en la bloqueojaula.[4]
¡Adelante, automóviles!
¡Motos, a la asamblea!
¡Peques, a la derecha!
¡Paso a las carreteras!
Una después de otra, todas se han puesto en fila.
Mirad qué dicen, pues, las carreteras.
¿Qué dicen?
«Viento y polvo no dejan respirar
serpenteando en la estepa sobre hambrientas roderas.
Nos hemos aburrido de arrastrarnos quilómetros
tras de los deportados,[5] rotas, sin adoquines.
Queremos que de asfalto nos inunden,
bajo el peso brutal de los camiones
¡Levantaos!
¡Ya dormisteis bastante,
ondulados camiones polvorientos!
¡Va–a–a–mos!»
¡I–i–i–i–i–i–i–i!
¡Vámonos a las minas carboníferas!
¡por el pan,
el pan negro,
sembrado por nosotros!
¡A la asamblea, las locomotoras!
¡A la asamblea,
locomotoras!
¡De–pri–i–i–i–i–i–sa!
¡Eh,
!Deprisadeprisadeprisa!
provincias,
levad las anclas!

4. Inmediatamente después de la Revolución, los países capitalistas establecieron un bloqueo económico contra la URSS, en el momento en que la República Soviética atravesaba su peor crisis.

5. En la Rusia zarista, los condenados a la deportación (entre ellos los presos políticos) eran enviados a Siberia, gran parte del camino a pie, por las carreteras.

La mole de Astraján,
después de la Tula,
que inmóviles estaban
desde tiempos de Adán,
se movieron,
y contra
las otras apretaron, las ciudades moviendo.
Empujando hacia atrás la obscuridad retrógrada,
entrechocándose entre sí las luces,
iban a la asamblea las legiones de fuego,
blandiendo al avanzar millares de faroles.
Mas por encima,
reconciliando fuego y agua,
rodaban los mares, podridos de ahogados.
«¡Paso a las ondas caprichosas del Caspio!
¡No volveremos a tendernos en el álveo que envuelve a la
Rusia!
¡Y jamás en la anémica Bakú,
sino que, en la exultante Niza,
con el Mediterráneo dancemos en las playas!»
Y, en fin,
bajo el trueno
de galope y carrera,
alzando en un suspiro sus enormes pulmones,
en nubes agitadas veloces se lanzaron,
en tempestad, los vientos de la Rusia.
¡Va–a–a–mos!
¡Vamosvamos!
Y todos estos ciento cincuenta millones de hombres,
billones de peces,
trillones de insectos,
de fieras,
de animales domésticos,
centenas de provincias,
con todo lo en ellas construido,
surge
y vive,

todo lo que se mueve
y lo que no se mueve,
todo lo que apenas se movía,
arrastrándose,
serpenteando, nadando:
todo es como una lava,
¡como una lava!

Y se oía un bramido
en donde un tiempo estuvo Rusia.
¡Mas todo esto no sirve
para traficar con sacari-
na!
¡Pero el corazón canta si suenan las campanas!
¡Hoy,
en el paraíso,
lanzaremos a Rusia
más arriba y más lejos que los rojos crepúsculos!
Oh, oh,
oh, oh, oh, oh,
oh, oh,
¡Vamosvamos!
¡A través de la guardia blanca de los heleros!

¿Por qué salen las tierras de los límites
fijados hace siglos por los gobernadores?
¿Por qué las orejas del cielo se abren de par en par
para escuhar?
¿Quién examina el horizonte en torno?

Los ojos
de todo el mundo están
clavados en nosotros,
y se tiende el oído de todos
para captar la mínima señal,

para ver esto,
para escuchar estas palabras:
es
  la voluntad de la revolución
                    lanzada hasta el confín de los con-
                    fines;

es
  la asamblea,
            que ha mezclado,
                      en la mole de las máquinas,
los cuerpos de los hombres y de los animales;
son
  manos,
      zarpas,
          pezuñas
              y palancas,
                    aquí,
                        en el aire viciado,
unánimes prestando juramento.
A los poetas,
          que buscan tonos celestiales,
los tenéis que olvidar:
                escuchad este canto.
«Hemos venido a través de las ciudades,
          entre la tundra nos abrimos paso,
                pasamos por el agua y los fangales.
Venimos a millones,
            millones de trabajadores,
                millones de obreros y empleados.
Venimos de las casas,
          nos escapamos de los almacenes,
              de ocultos pasadizos que brillan al ful-
              gor de los incendios.
Venimos a millones,
          millones de cosas,
                    deformadas,
                        vencidas,
                            destro-
                            zadas.

Hemos bajado de los montes,
nos hemos arrastrado desde el bosque,
desde el campo esquilmado por los siglos.

Hemos venido,
a millones,
a millones de bestias,
embrutecidos,
obtusos,
siempre hambrientos.

Hemos venido
a millones
de ateos,
de paganos,
de sindiós,
golpeando
la frente
contra el hierro oxidado,
el campo:
todos
con fervor
rezaremos al Señor.
No desciendas
de un mullido
lecho de estrellas,
tú, dios del hierro,
tú, dios del fuego,
dios no de Marte
ni de Neptuno o Vega,
sino de carne,
dios hombre sólo.
No allá en lo alto,
colocado entre estrellas.
Terrestre.

Entre nosotros
desciende,
ven.
Tú no eres ése
«que estás en los cielos.»

Hoy
nosotros mismos,
a la vista de todos,
haremos
milagros.
para luchar
en tu nombre,
sobre el trueno,
sobre el humo
nos alzamos altivos.
Nuestra empresa será
tres veces más difícil
que la del creador,
que la nada ha llenado de cosas.
Nosotros, no sólo
debemos, creando de nuevo,
imaginar,
sino que lo que es viejo
hemos de destruir con dinamita.
¡Sed, quítanos la sed!
¡Hambre, aliméntanos!
Es hora
de lanzar
el cuerpo a la batalla.
¡Balas, id muchas más
contra el cobarde!
¡Sobre el montón de los que huyen
dispara tú, pistola!
!Así ha de ser!
¡Desde el fondo del alma!
¡Con el fuego,
las llamas

y el hierro,
con la luz,
quema,
abrasa,
destruye,
taja!
Nuestras piernas
son la velocidad de los trenes.
Nuestros brazos,
soplillos que despejan los campos.
Nuestras aletas, barcos.
Nuestras alas, aviones.
¡Andar!
¡Volar!
¡Rodar!
¡Navegar!.
Haciendo el inventario de todo el universo.
Si una cosa es necesaria:
muy bien,
se puede usar.
Si es inútil:
¡al diablo!
y, sin más, se la tacha.
Acabaremos
contigo,
falso mundo romántico.
En el alma,
en lugar de la fe,
vapor,
electricidad.
¡Nunca más seáis mendigos!
!Quedaos con la riqueza del universo todo!
¡Muerte a todo lo viejo!
¡Y hagamos ceniceros de los
cráneos!
En la salvaje empresa,
arrojado lo viejo,

un nuevo mito
resonará en el mundo.
El tiempo es un obstáculo
que pisotearemos.
Al cielo lanzaremos
millares de arcos iris.
Y en un mundo nuevo se abrirán
las rosas y los sueños que el poeta ensució.

¡Todo
por la alegría
de nuestros ojos
de niños que han crecido!

Una a una
inventaremos
nuevas rosas:
las rosas de ciudades con pétalos de plazas.
Vosotros,
los que lleváis
la marca de fuego del tormento,
venid donde el verdugo de hoy espera.
Y sabréis
que los hombres
son a veces fraternos,
como el amor
que sube a las estrellas en un rayo.
Y nuestra alma
será
la boca amorosa del Volga.
Sobre ti
—quienquiera que seas—
caerá la caricia de unos ojos.
A través
de la más leve arteria
haremos pasear
los mágicos navíos de la creación poética.
Y el mundo será como
nosotros lo decimos,

los miércoles,
y ayer,
y hoy,
y siempre,
Y mañana,
y después,
los siglos de los siglos.
Tras un verano
de cien años
de lucha,
canta:
«Agrupémonos todos
en la lucha final.»[6]
¡Una salva de voces haga tronar un himno!
¡Por cien multipliquemos
un millón y aun más!
¡Por calles,
por tejados,
sobre el sol,
por los mundos,
sonoros atletas de la palabra!
Rusia
ahora
no es un triste mendigo,
no es un montón de ruinas,
ni cenizas de casas.
Rusia
toda
es un único Iván
cuyo brazo
es el Neva
y sus pies las etapas del Caspio.

¡Vamos!
¡Vamosvamos!
¡No vamos, volamos!.

6. Verso de «La Internacional».

¡No volamos, que relampagueamos,
lavando el alma con el céfiro!
Más allá
de bares y de baños.
¡Bate, tambor!
¡Tambor, bate!

Ser o no ser.
O caja
o faja.
¡Batiremos,
batamos,
batimos!

¡El tambor,
el tambor,
el tambor!

La revolución
quitará al rey el título real.
La revolución
arrojará a los hornos el hambre de la gente.
Y a ti
¿qué nombre te daré,
oh Rusia, sumergida en medio de la tromba del tifón?
El Supremo Soviet [7]
es una parte de su cerebro.
y un decreto por fuerza ha de ir con ella.
Su corazón era tan grande
que Lenin pudo apenas sacudirlo.
Al soldado rojo puedes hacerle replegarse,
al comunista, meterlo en la cárcel,
pero a alguien así
¿con qué barrera lo detienes
cuando
avanza?

7. Soviet: en el original dice *Sovnarcom*, abreviatura de *Soviet Naródnij Comissár*
(Consejo de los Comisarios del Pueblo), que en 1946 pasó a llamarse *Soviet Ministr*
(Consejo de Ministros).

Hirió el trueno el oído de los litorales
y las salpicaduras llegaron al extremo del mundo
cuando Iván,
a grandes pasos,

se lanzó,
como una tempestad, a sorprender al universo.
Meteremos el pie en el estribo de la fantasía,
cabalgaremos el polvo de los tiempos,
y nosotros mismos
tras de esta espléndida visión
iremos a irradiarnos en los amplios espacios.

Ahora
cambiaremos el curso a la rueda de la inspiración,
será renovada la métrica del ritmo.
De este capítulo, el personaje principal es Wilson.
América, el lugar de la acción.

El mundo,
reuniendo el quinteto
que hacen sus cinco partes,
ha conseguido una potencia mágica.
Está en él la ciudad,
sobre un solo tornillo,
toda electrodinamicomecánica.
En Chicago
hay catorce mil calles:
rayos solares de las plazas.
En cada una,
setecientas callejas,
un año en tren de largas.
¡Es curiosa la vida del hombre de Chicago!

En Chicago,
de tanta luz,

el sol
no brilla con más vida que una vela.
En Chicago,
incluso para fruncir el ceño
tienen tracción eléctrica.
En Chicago,
durante quilómetros
saltan por el cielo
los trapecistas de acero de las calles.
¡Es curiosa la vida del hombre de Chicago!

En Chicago,
cada habitante
posee, por lo menos, grado de general.[8]
Mas su servicio
es estarse en el bar
y divertirse despreocupadamente.
En cuanto a comida,
en los bares de Chicago
¿qué es lo que no hallarás?
¡Es curiosa la vida del hombre de Chicago!
¡Es curiosa la vida del hombre!
¡Y magnífica!

En Chicago,
el ruido es tan atroz
que un gran camión
de motor poderoso

8. Trotski criticó a Maiakovski a propósito de este verso, diciendo que cualquiera, con sólo haber leído a Upton Sinclair, sabe que, en Chicago, además de generales hay también, por ejemplo, trabajadores de los mataderos. Esto y otras críticas que le hizo (publicadas en el prólogo de *Poemas 1913-1926*, col. Visor, Madrid, 1972, trad. José Fernández Sánchez) demuestran sencillamente que Trotski jamás entendió a Maiakovski.

parecía
un ruidito de nada
y molestaba en su silencio de ratón.

A aquella ciudad
el barco

no lleva rusos;
los pisos de sus casas no son para nosotros.
Yo estaba allí solo,
comía y bebía por los bares,
y en ellos con los yanquis me tomaba ginebras.
A lo mejor, también a vosotros os lo permitirán,
aunque aún no lo hayan hecho.
Llenaos, pues, también de maravillas:
bien calzados de versos,
en versos incansables,
vosotros mismos recorred América.
Un aeropuerto
en lo alto de un rascacielos.
¡Adelante,
moviendo la cintura dentro de un dirigible!
Parecerán los puentes las costillas de un pájaro.
Chicago, abajo,
a la tierra se aprieta.
Y después,
desde el cielo,
visibles apenas,
si nos falla el pie
como una piedra caeremos al abismo.
En un túnel
en el metro
quilómetros excavaremos bajo tierra
y a la plaza saldremos.

Repleta de gente.

De casi tres quilómetros.

Aquí es donde comienza lo que necesitamos:
«La Calle Real;»
para ellos
«Royal Street.»

¿Qué calle es ésta?
¿Qué es lo que hay?
Está
el Cheaple-Strong Hotel.
¿Es un hotel
o un sueño?
Y en este hotel
acogedor,
entre refinamientos
habita el propio
Woodrow
Wilson
No os voy a contar cómo es la casa.
Y si os lo cuento
os ruego humildemente no me vayáis a creer.
No puede uno alejarse lo bastante
para poder tener la visión de conjunto.
Lo
que se puede ver
es un ángulo sólo.
Pero con sólo esto
¡menuda maravilla!
Es lo mismo que ver
una reja forjada
con el sol condensado.

Y, si le das la vuelta,
una montaña es nada.
Centenas de quilómetros
o, a lo mejor, millares.
Las banderas se elevan hasta el séptimo cielo.
¿No fue pintada una de estas banderas
por Dios mismo?
¡Hasta hay una escalera!
¡Mas no puedes subir!
Entre las columnitas,
balconcillos
y pórticos
hay tantos escalones
que los pies no los pueden contar.
¡Tanta escalera
que todo te da vueltas!
Si quieres subir a pie,
comienza joven,
porque llegarás viejo.
Para los ascensores,
en la escalera hay restaurantes:
que nadie muera inútilmente de hambre.
Después, cuando se llega,
si se alegran de vernos,
hacen entrar por cinco entradas principales.
Los huéspedes primero pasan trescientas salas.
Y, finalmente, llegan.
¡Qué va!
Aquí las salas recomienzan.
Nos recibe un lacayo.
Blande una maza.
Pasas así cinco lacayos.
Y de nuevo la maza.

Y de nuevo un lacayo.

Recorrida la sala,
aún hay un lacayo.

Tras los lacayos,
aún en mayor número,
los botones.

El uno pasa al otro de la carrera.
Innúmeros.
Una tal cantidad
que deja sin aliento al mismo Jlestakov.[9]
Y sólo cuando,
agotado
por el tremendo ir y venir.
te parece que ya no sea posible
salir nunca,
te parece que ya no haya
razón alguna
para que esto termine,
ves el salón.
Aquí es fácil la entrada:
un secretario de dos metros de alto
está a la puerta, mudo.
Entreabrimos la puerta.
En los peldaños (dos)
nos empinamos,
y echamos una mirada,
estupefactos.
Aquello es más que el sol:
una chistera enorme

9. ***Iván Jlestakov***, personaje de la obra *El inspector*, de Gogol, y que presume d
servirse de «cuarenta mil botones.»

se alza sobre él como la torre Sújarev.[10]
Escupe dinamita
y nos vomita encima,
pelirrojo,
enérgico, tremendo.
Lo miras largamente:
un auténtico cerdo de Yorkshire.
Y su estatura
no puedes apreciarla,
tan lejanos los pies de la cabeza.
No sabes si es que vocaliza mal
o que los dientes le resuenan,
pero cada sonido que emite
es como un cañonazo.
La gente es insignificante,
camina por debajo,
está debajo,
gentuza de tugurio.
Mas las mejillas de él
son de una carne tan extraordinaria
que de por sí te invitan:
venid
a descansar.
La ropa es fina,
como si no llevara:
es de la más suave, poética delicia.
Los calzoncillos que usa Wilson,
calzoncillos no son, sino sonetos
de la categoría de uno de sus Onieguin.[11]

10. La torre Sújarev, en Moscú, sirvió más adelante para instalar en ella una antena de radio.

11. *Ievgueni Onieguin:* título y personaje principal de la famosa obra en verso de Puchkin. Es una de las figuras más románticas de la literatura mundial.

¡Y cómo trabaja!
Jamás está quieto.
Puede trabajar hasta la muerte.
Gira un pulgar
en torno al otro,
a veces más deprisa,
a veces más despacio.
Lo dirige hacia un lado:
despiden
en cualquier fábrica
y a mí
no me quieren pagar tanto por línea.
Lo vuelve al otro lado:
tocan valses de Strauss,
que inundan los palacios como una lluvia de oro.
Para atiborrarlo,
¡Lo que han despilfarrado!
Repleto de alimentos,
bien bebido.
En caso de muerte,
para que el cadáver no se desperdicie,
están los de la grasa,
los de las fábricas de mantequilla.
Todos los americanos
le son devotos
y dicen
orgullosamente:
«Yo
soy un súbdito americano.
Yo
soy un libre
ciudadano americano.»

Inclinadas bajo él
se encuentran sus legiones de siervos.
La sala está repleta
de todo tipo de Lincolns,
de Withmans,
de Edisones.
Su séquito
es de bellas mujeres,
de aristocracia elegantísima.
Esperan su más mínimo gesto.
Adelina Patti.[12]
¿La conocéis?
¡También ella está aquí!
Está Whitman, con un estrecho smoking,
moviendo el balancín con un ritmo inaudito.
Poseedor del más alto título americano
de «suavizador emérito de arrugas de señora»
está, ya maquillado y con sombrero,
el siempre dispuesto para cantar Chaliapin.[13]
Ensucian con arena el parquet
algunos profesores que de vejez chochean.
Está incluso el famosísimo Méchnikov,[14]
que está de pie apagando candelabros.

12. *Patti, Adelina* (1843-1919): soprano, famosa en Europa y América, principalmente en las obras *La Traviata, Il trovatore* y *Ernani*.

13. *Chaliapin, Fiódor* (1873-1938): bajo ruso de origen campesino (de Kazán), muy conocido en toda Europa por su interpretación de la ópera de Musorgski *Borís Godunov*. Ha sido el divulgador en la Europa Occidental de la canción *Los remeros del Volga*.

14. *Méchnikov, Iliá* (1854-1916): biólogo ruso que sucedió a Pasteur en el Instituto Pasteur de París. Fue uno de los pioneros en el campo de la embriología celular de los invertebrados. Fue el descubridor de los glóbulos blancos.

Ciertamente,
no los ha traído
aquí
a todos estos genios
el diluvio de las teorías,
ni a los pintores
cualquier
magnífica
école des beaux arts.
¡Nada de eso!
aquí se han reunido
todos
para ir al mercado.
Cada mañana,
todos estos
amados de las musas y la gloria
se cargan con sus cestas,
van al mercado
y llevan,
llevan
carne
y mantequilla.
Cierto rey de poetas,
Longfellow,[15]
carga con cien frascos de nata.
Wilson devora
y acumula sebo
y crece el vientre,
capa tras capa.
Una pequeña observación:

15. *Longfellow* (1800-1882): poeta y escritor romántico norteamericano, considerado en su tiempo como un pilar del orden establecido.

Los pintores
de los Wilson,
de los Lloyd George,
de los Clemenceau,[16]
dibujan
jetas
bigotudas o lisas,
pero en vano,
porque siempre se trata
de lo mismo.

Ahora basta ya de capítulos
de broma.
América,
la tenéis en la mente
ya bien clara.
Pasemos ahora
a los acontecimientos importantes.
A la increíble
gigantesca esencia.

Aquel
día
era
a prueba de fuego.
Bajo el peso del bochorno las tierras se callaban.
Los desdentados rastrillos del aire
en vano se esforzaban para cardar la atmósfera.
En Chicago, el calor
era desmesurado:

16. *Clemenceau* (1841-1929): político francés, responsable de la violenta represión de diversos conflictos sociales. Presidente de la República Francesa durante la Primera Guerra Mundial, contribuyó decisivamente a la victoria francesa.

100 grados,[17]
80 con seguridad.
Todo el mundo en la playa.
Aquel que era capaz, se iba de paseo.
Pero la mayor parte se quedaban tumbados.
El sudor
perfumaba
sus cuerpos bien cuidados.
Andaban resoplando.
Yacían resoplando.
Las señoritas llevaban perritos atados con una correa
y
el perrito
era tan gordo
que parecía un ternero.
A una señora
que en el idilio se quedó traspuesta,
en la nariz,
del calor sofocada se le posó una mariposa.
Algunos animadamente conversaban,
y decían «ah»,
y decían «uh».
Volaba pelusilla de los árboles.
De los árboles de mimosa.
Se volvía rosa
sobre las blancas muselinas y sedas.
Blanca, sobre las telas rosa
Así
tranquilamente

17. Se trata, obviamente, de grados Fahrenheit y no centígrados. Maiakovski no hace esta aclaración en el original, sin duda con la intención de exagerar las cosas americanas, como en otros fragmentos del poema. 100 grados F equivalen a 37'8 centígrados, y 80 F corresponden a una temperatura agradable: 26'6 °C.

todos se entretuvieron
en agradables pasatiempos.
Pero ya
una hora antes
algo
había comenzado
a cambiar.
Apenas perceptible,
acaso tan sólo con la punta del alma,
una especie de soplo.
Un leve chapoteo
sobre el plácido mar.
¿Qué es esto?
¿A qué es debido?
Pero por la mañana,
como un relámpago,
la ATA
(la Agencia Telegráfica Americana)
alborotó por radio la ciudad:
«Terrible tempestad en el Océano Pacífico.
Se han vuelto locos alisios y monzones.
En el litoral de Chicago se han encontrado peces.
Muy extraños.
Con pelo.
Y narices.»
Medio dormidos, salen.
No consiguen aún comprender el fenómeno,
pero la radio
lanzaba ya
precipitadas explicaciones:
«Es falso lo que se ha dicho de los peces.
El pescador aquél estaba borracho.
Los alisios y los monzones están donde han de estar.

Pero la tempestad sí que existe.
Y de las más tremendas.
No se saben sus causas.»
Las grandes compañías de navegación
prohibieron a sus barcos que zarparan
y a ellas
se unieron las pequeñas.
Caía el dólar.
Las maletas andaban en danza.
Pánico en la Bolsa.
Por la calle
un desconocido
paraba a otro
por si acaso sabía alguna cosa.
¡Informativo especial!
¡Radio!
¡Informativo especial!
«El radiograma fue interpretado mal.
No es el trueno de las tempestades.
Es otra cosa.
Es el bramido de escuadras enemigas.»
La radio fue interceptada.
Y, desmintiendo esto,
inmediatamente,
hubo una nueva,
última,
impresionante,
sensacional noticia.
«No es humo de cañones,
sino el azul del mar.
No se trata de acorazados
ni de flotas
ni de escuadras.

Nada de eso.
Es Iván.»

¿Qué Iván?
¿Cuál Iván?
¿Dónde, Iván?
¿Por qué Iván?
¿Qué quiere Iván?
Nunca se había dado situación más compleja.
Ninguna explicación
sensata,
creíble.

Se reunió enseguida el Consejo de Estado.
La sociedad, llena de aprensión, estuvo toda la noche en el palacio.
El ministro de Wilson
Arthur Krupp,[18]

habló tanto
que cayó como muerto.
Leal mastín del capitalismo,
el mismísimo Creso [19] quedó exhausto.
Wilson
demostró
una extraordinaria tenacidad

y por la mañana
decidió
«Voy yo al duelo.»

18. *Arthur Krupp:* parece que este personaje de la familia alemana Krupp no exista. Sin duda, Maiakovski utilizó este nombre únicamente para denunciar la participación activa de la gran industria (y del gran capital) en el gobierno de los EUA.

19. *Creso:* último rey de Lidia, que reinó durante el período 560-546 a C. Su enorme riqueza se ha hecho proverbial y era atribuida a las arenas auríferas del Pactolus, aun cuando, realmente, estaba fundamentada en el comercio. Su nombre ha quedado como sinónimo de hombre extraordinariamente rico.

El horror avanza.
Dos mil quilómetros.
Y mil quilómetros.
Y cien.
Y...

Los rasgos de aquel que se acercaba
fueron acariciados,
recorridos,
vistos por los faros de los ojos.

¡Versos
de este capítulo,
resonad,
creando el tiempo con el ritmo!

¡En el canto,
oh mito de los héroes de Homero,
saga de Troya,
agigantada a lo irreconocible,
revive!

Hambriento,
con el calor de su único grado
de vida,
dada como una gracia,
gozo,
siguiendo tu marcha legendaria.
¿Dónde vas ahora?
¿A dónde vas?
¿Qué mareas atraviesas?
Detengamos con el frío verso
el rayo de los telegramas que se escurren.
Cubre los Dardanelos la carrera de Iván.

Los turcos,
de par en par las bocas,
miran:
un hombre
—como el Kasbek [20] de alta la cabeza—
avanza y sobrepasa los fuertes Dardanelos.
Los viejos ahuecaron el ala.
Los jóvenes acuden a los muelles.

Miradlos.
Cantos de juventud y de revuelta.
Y apenas
el mar se arrastró sobre la playa
y apenas la ola alcanzó el muelle,
se arrojaron,
como ante una señal largamente esperada,
hombre: contra hombre,
clase contra clase.
Metieron en la cárcel a algunos.
Expulsaron a otros.
Al mar:
y todos desaparecieron.
A algunos se los traga la vasija del mar,
con otros
banquetea el sangriento tiburón,
pero muchos
entraron,
irrumpieron dentro de Iván
y en él se acostaron,
como unos marineros en su cámara.

20. Kasbek: montaña del Cáucaso.

(En Chicago, entre tanto,
nada a sus habitantes
horas de angustia presagiaba.
Contoneándose,
sacando las caderas,
se divertían,
bailando a todo pasto.)

Se aterrorizan los romanos.
Tempestad sobre el Tíber.
Pero el Tíber,
enfurecido,
rapó la cabeza del papa de Roma
y se marchó hacia Iván a través de la luz de la mañana.

(En Chicago, entre tanto,
el bigote metido en los licores,
asiendo redondeces de carne femenina
–¡Ih - la - lá!
¡Oh - la - lá!–,
enervados de besos,
impúdicos,
desnudos.)

Negra noche.
Sin faroles de estrellas.
A Wilson,
resbalando sobre sus masas de agua,
cantado por los poetas,
agazapado se aproxima el Rin,
un cabrilleo leve en su cinta azulada.
(Pero Chicago
duerme,

exhausta de danzas,

ebria,

los cuerpos lánguidos hundidos entre almohadas.
El azul duerme.

Respira a duras penas.

El mar ronca sonoro.
El día se alza

—¿acaso a castigarlos?)

Avanza Iván,

radiante.

Iván avanza,

salpicado de espuma.

Es la vida que corre.

Corre, por las orillas.

El mundo, hecho un volcán, lanza amenazas.
Este volcán no está en el mapa compilado por los antiguos
geógrafos.
Todo el universo,

no el mísero Etna,

es el cráter que escupe la lava de los pueblos.
Rugiendo huye
por los países borrados
lo vivo, y lo que ha muerto

por la lluvia de lavas.

Los unos corren hacia Iván

con los brazos

tendidos;

los otros hacia Wilson a abrazarlo.

De entre las densas horas del cotidiano barro
un hecho emerge:
de golpe

todas las cosas medias se acabaron.

En todo el mundo no quedó ni una.

Ni medias tintas
ni matices.
Nada
sino el color que vuelve todo blanco
y el rojo,
que ensangrenta del tono de la sangre.
Lo purpúreo era cada vez más purpúreo.
Y cada vez más blanco el blanco.
Iván,
a través de los reinos,
pisando sangre,
celebra jubileos de fuego sobre el mundo.
Resulta que era inútil construir fortalezas.
¡Taponaos, cañones charlatanes!
¡Basta!
Sobre el inexpugnable Gibraltar ha pasado.
Y el mundo,
para Iván, se le extiende en océano.

(Pero en Chicago,
en la playa,
un atajo de putas
se inquieta por la furia del mar.
El viento incita a una voz tras otra
y afloja el freno de las fantasías).

¿Quién será el almirante que en la extendida lava
conozca así las rutas del océano?
Avanza,
cargado con humana dinamita.
Avanza,
rebosante de ira universal.

Sobre sus cuatro lados se ha extendido
el halda del Pacífico.
Iván,
sin un mapa,
sin brújula,
avanzaba
e infalible veía el objetivo,
como si
no mirase la mar,
sino un plato.

(Pero, en Chicago,
se arrastró hasta Wilson
la ola
procedente del paso de Iván.
Ha convocado
púgiles,
tiradores,
esgrimistas
para templar sus fuerzas con vistas al combate).

Y los exploradores,
los Cristóbal Colón,
resplandecieron
cuando
a la nariz
de Iván
como desde un bancal de mil perfumes
llegó el olor de la cercana tierra.

(Pero en Chicago
el trabajo
agobia a los púgiles.

Han echado a Wilson en el suelo
y
¡a refregarlo!
Lo masajean,
lo frotan,
con tonificantes ungüentos lo friccionan.)

Con su solo ojo, el faro le taladró los ojos,
y hete aquí
que en los cerebros,
en los ojos,
en la boca,
prorrumpiendo por todas las grietas del océano,
América cada vez se hunde más.
Veloz un astillero sobre otro se encarama.
Un viaducto vuela y choca contra otro.
Hay tanto humo
que, de creer en el diablo,
caminas convencido
de estar en el infierno.

(¿Dónde está la flaqueza de Wilson?
¡Se la han hecho marchar!
Ha rejuvenecido cuarenta años.
Los músculos, hinchados como vientres.
Lo han palpado
¡Muy bien!
Está dispuesto).

Llega:
salpicando en las olas
más alto que el tejado de las casas-gigante,

Iván está en la orilla,
en América,
seco,
sin haberse siquiera ni mojado los pies.

(Han remachado el último clavo
de la armadura mecánica de Wilson,
le han colocado un yelmo blindado en la cabeza,
y él se apresura al encuentro de Iván).

Los de Chicago
no gustan de apiñarse
en las calles estrechas.
Y aun sin ello,
en Chicago
son mejores las plazas.
Además, una plaza
desmesurada,
para ellos,
fue preparada para esta ocasión.
La gente,
encordado el espacio de la lucha
(que era algo gigantesco),
se apretó en su redor.
En un lado,
con armiño
y castor;
en el otro,
azul de batas y de monos sucios.
Entre ellos
se habían mezclado
también los caballos.

Entre los armiños,
el pura sangre árabe;
entre los monos,
los pesados caballos de tiro.
Alzan un relincho:
al jinete amenazan.

Y llegaban los autos, deslizándose suaves.
Se agrupaban por clase
los que iban
y venían.
Hacia el armiño
marchaba la elegante limousine;
junto a los monos
se paraba
el potente camión.
Ni para el canto
ni para los colores será larga la espera.
La lucha –juez severo– decidirá por todos.
Para el armiño
los versos de los decadentes de toda la tierra.
Para los monos
los versos de hierro de los futuristas.
Nadie,
nadie podrá huir del castigo.
Ni siquiera
la estrella
podrá escapar.
Quedaos entre el armiño,
generales constelación;
entre los monos,
miles, millones de la Vía Láctea.
Libres de sus cadenas los torrentes,

hasta el globo terráqueo
se dividió en dos hemisferios
e, inmóvil,
quedó colgado como una balanza
del sol.

Por todos los cañones presentes
en la
plaza fue inaugurado
el «Campeonato
de la lucha de clases mundial».
De anchura,
la puerta de Wilson
tenía un quilómetro,
y, no obstante,
él estaba de lado
y entraba a duras penas.
Debajo de sus botas
se curvaba el cemento.
Todo resonaba
de hierro, de cadenas.
La mirada clavó sobre Iván que avanzaba,
para observar al enemigo;
pero qué
le quieres observar:
es normal, bien formado.
La ropa transparenta el color de su cuerpo.
Wilson
tenía revólveres
de cuatro gatillos
y un sable curvo
de setenta hojas;

Iván,
las manos
y sólo las manos
–y, encima, las tiene
puestas en la cintura.
Wilson lo midió
con la vista. Una mueca.
Y alzó con los hombros el recamado de las charreteras.
«¿Será posible
que yo
me tenga que batir con ese tipo?
¿O que yo
no lo pueda
vencer?»
Y le parecía
que un túmulo se alzaba allí
entre el aullido de la tempestad.
Caerá en el ataúd
y, en adelante,
nadie
jamás
volverá a oír hablar
de nuestro Iván.
Silbó el sable.
Desde el hombro,
hacia abajo,
el tajo mide bien cuatro quilómetros.
Wilson se ha detenido:
espera ver la sangre,
pero de la herida,
de improviso,
un hombre sale.
¡Está ante él, como si nada!

Hombres,
casas,
caballos,
acorazados,
saliendo de la brecha.
Cantando.
Con música.
¡Oh desventura!
De la nórdica Troya han mandado
el hombre-caballo,[21] de rebelión lleno.
No paran de dar vueltas todos los de Chicago,
anunciando
el régimen soviético entre sus filas aterradas.

Compañeros periodistas,
no indaguéis con cuidado
dónde fue la batalla
ni cuándo.
En este capítulo
en cinco minutos se concentran
los años de las luchas que hubo y que no hubo.

No hay versos conmovidos para Lenin.
En la batalla
glorifico a millones,
veo a millones,
canto a millones.
¡Oíd, historiadores y poetas,
a quien ha visto las batallas que realmente no se dieron!

21. *Hombre-caballo:* Maiakovski hace aquí una analogía entre el caballo de Troya, en el que se ocultaron griegos para conquistar la ciudad, y la nueva situación revolucionaria, en la que la ciudad será tomada por sus mismos habitantes revolucionarios, que, con todo y sufrir la represión, siempre se multiplicarán.

«Levantaos, los parias de la tierra»:
se disparó la alegre nueva.
Y en respuesta
millones
de voces:
«¡A la orden!»
«¡Estamos dispuestos!»
«Dios guarde a Wilson.
¡Ánimo, soberano!»
Ellos
elevaron su voz oxidada.
La mitad de la tierra cantó una canción roja.
La mitad de la tierra cantó una canción blanca.
Y después
de la roja canción,
y después de la blanca canción
los arietes retumbaron contra el cerrado futuro
y los rayos rasgaron las paredes
destrozándolas.
Crecieron los brazos
que muestran fácilmente
las secretas medidas del alma y de la tierra.
Tundidos por la escoba de la revolución,
los tenderos
dejaron su comercio
y salieron por piernas, hormiguero escaldado,
de bancos,
de oficinas
y de tiendas.
Sobre el espesor de los diques y de los sofocantes litorales,
hacia las ciudades
desde el océano
el agua se movía.

Los postes telegráficos, ora aquí,
ora allá,
ahorcaban catedrales en sus hilos.
Abandonados los cimientos viejos,
enormes rascacielos se marchaban
y, lo mismo que un tigre
con los trozos
de carne,
con sus fauces de puerta mordían a las casas.
Sueltos del pavimento
—¿dónde está, amo, tu inmensa frente?—,
los adoquines se lanzaban contra
el cristal esplendente de los escaparates de joyero.
Sin miedo a embarrancar,
sin temor de chocar con su mole contra los campanarios,
sencillamente,
igual que usted o yo,
iban por tierra firme las ballenas.
Todo lo que era rojo y
todo lo que era blanco
chocaban entre sí,
chocaban y cantaban.

Wilson en su palacio
bailaba el cake-walk,[22]
giraba,
pero un pie no le acabó el giro.
Wilson mira a la puerta,
pero en la puerta,
inamovible,
con aspecto siniestro,

22. *Cake-walk:* danza de salón americana.

un hombre tras de otro,
una cosa tras otra,
irrumpen:
«Señores Wílsones,
vamos a pasar cuentas.»

Y, fíjate por dónde,
los collares,
fingiéndose pacíficos,
sobre los Wílsones
se echaron como cobras.
Escogiendo
las que fueran más lindas o más tiernas,
por los salones
perseguían enormes camiones
a las millonarias.
¡No hay salvación!
Los muebles de cien patas
se lanzan a cazar.
Aplastan a la gente con armarios,
la hieren con las zarpas de las mesas.
Entre los Rockefeller,
echados boca abajo,
ahogándose
con sus mismas corbatas:
los pisotearon
igual que a escarabajos,
saltaron, y se fueron,
desvaneciéndose en Chicago.
Por las calles,
a dos metros
no se distinguía una casa debido a la humareda de las luchas.
Como pasa en el cine

—de pronto
en primer plano—,
a la especulación, que serpentea
entre el caos,
le da el golpe de grracia,
alzado sobre sus patas traseras,
el Soviet del Pueblo para la Economía.
Mas Wilson no se rinde.
Atrincherado en su palacio,
acciona los resortes del oro,
y la cadena se alinea
en hordas inhumanas.
Más horrorosa que los tanques,
más que los regimientos,
se levantó, con su vacío estómago,
con su millar de bocas,
el hambre, y se lanzó
con su millón de dientes.
Y mordió a la ciudad, la abrió como una nuez.
Y en el campo arañó, y se oyó crujir huesos.
Y a la boca
se lleva a puñados los hombres,
los hombres y las bestias.

Ante ella,
con el oído alerta,
allanando el camino, va avanzando la crisis.
Respira el taller.
La crisis escucha.
Escucha la crisis, la fábrica respira.
Cae sobre la fábrica de pronto,
cae la fábrica en ruinas.

Sobre el taller aprieta,
todo cae en pedazos.

Blande como una clava un trozo de raíl.
Todo es aniquilado,
perece,
se hunde.

¡Prepárate!
¡Al ataque!
¡Trabaja!
¡Suda!

¡La garganta del hambre,
el cuello de la crisis
apretaremos
con el lazo de los ferrocarriles!
Y cuando ya al país, ahogado por el hambre,
le faltaba el aliento,
entonces,
balanceando el ariete de los trenes,
se pusieron en marcha los transportes.
Al viento la barba canosa de las locomotoras,
luchan:
el hambre cede,
y sobre ella,
los restos devorándole,
los trenes pasan, cargados con el grano.

Se retorcía
Woodrow
y, lleno de ira,
ordenando
«Golpead deprisa»,
un enjambre movió de nuevos combatientes:
el contagio mortal.
Encadenados van en corazas de fango,

espiroqueta tras espiroqueta,
microbio tras microbio.
Con el veneno de las bacterias,
con las zarpas de los piojos,
contaminan la sangre,
entran dentro del cuerpo.
Aparecen enfermedades
de especie desconocida:
de pronto,
un hombre
se caía de sueño,
se llenaba de manchas,
como un hongo
se hinchaba y reventaba.
Se pusieron en marcha,
dirigidos por una
farmacia de ojos de arco iris,
llevando a donde había enfermos cargas de ácido fénico,
lazaretos,
clínicas,
hospitales.
Retrocedieron los piojos,
en masas repugnantes.
Los fusilaron
a quemarropa
con microscopios.
Y sigue martillando el servicio de la cadena de desinfección.
Los enemigos yacen
patas arriba.
Y por encima,
ondeando una receta por bandera,
el Comisariado del Pueblo por la Salud Mundial
pasó triunfante.

Wilson lanzó un gemido,
vencido en las enfermedades y en el hambre,
y manda el ejército postrero:
el venenoso batallón de las ideas.
El democratismo,
el humanitarismo:
un continuo pasar
de ismo en ismo.
No tienes tiempo ni de ver
qué te sucede
cuando ya tienes la cabeza llena
de filosófico talmud.
Te sorbía el barro de los cuentos.
Con sus cantos te embrujaban.
Con un cuadro te seducían.
Cargadas de libros
las vacías cabezas
para darles peso,
partía el escuadrón de profesores.
Los
salió a recibir una turba de jóvenes,
y ante los cañones de las browning
se fue a tomar por culo el derecho romano,
además de algún otro derecho.
Dándosela con queso a la gente sencilla,
asustando con el infierno,
seduciendo con el paraíso,
calvos como manzanas,
salvajes como fieras,
con evangelios de mil fes
y exorcismos de mil supersticiones,
con sus sotanas levantando el polvo,
se agitaba el ejército de curas negriblancos.

Ante la granizada de decretos
y bajo el rojo alud
se desparramaron
popes,
rabinos,
almuecines.
¡Ánimo, taumaturgos!
¡Separaos
de la horda de mortales!
En el lugar de la sangrienta lucha
el pilar de la fe se estremecía:
Pedro
se ha roto la cabeza al caer su catedral.
Entonces
los poetas volaron por el cielo,
para, como aviones, disparar desde arriba.
Los atrajeron
con cebo de prebendas académicas,
esperando
que así descenderían.
¡Y los poetas se precipitaron, cayendo como piedras,
encima de sus obras,
alisando las plumas de sus rimas!
En las *Obras completas*,
como en una guarida,
se emboscaron los clásicos.
Pero no hubo piedad.
En vano,
como una clueca,
Gorki[23]

23. *Gorki, Máximo* (1868-1936): este escritor tuvo un gran papel en el estímulo y protección de los jóvenes escritores soviéticos durante los primeros tiempos de la Revolución.

los protegía,
desenvainando una marchita autoridad.
Los andamiajes de los pies devorando quilómetros,
los brazos de las grúas desalojando calles,
los futuristas
dispersaron todo el pasado,
echando por los aires todos los faralaes de la cultura.

Una pared tras otra,
rodando por el polvo,
se batían con el Almirantazgo
las porquerías
del Louvre,
hasta que
de la bayonetobelisco
del Almirantazgo
quedaron colgando
las vícerascuadro del Louvre.

La última refriega.
El propio Wilson.
Los wilsonianos, horrorizados, lo ven
hecho cenizas,
a él, que ha querido al sol mismo aplastar con su trasero.
¿Quién recordará el nombre de los desconocidos generales en jefe
que habían apilado victoria tras victoria?
Después de haber tronado en la internacional Tsusima [24]
la armada vejestorio se fue a pique.
Pisoteando con las fábricas
los muertos del pasado,

24. *Tsusima:* batalla en la cual el ejército zarista fue derrotado, en la guerra ruso-japonesa de 1903.

aulló el futuro con un trillón de trompas:
«El que os llaméis Abel
o Caín
importa poco.
¡El futuro ha llegado!
¡El triunfador futuro!
¡Venid, los siglos,
para humillaros a mis pies!»
El rabioso horizonte le cedió el paso al sol.
Y después
de haber puesto las bases del mundo,
aquel genio, Caín,[25] pulsó el rayo,
igual que el pianista pulsa teclas.

Historia,
en este capítulo
transcurres velozmente ante los ojos.
Hambrientas y gimiendo
las ciudades se apartan
y de entre el polvo de las calles
como el sol surge una existencia nueva.

Un año seguido de infinidad de ceros.
Una fiesta que no está marcada
en ningún calendario eclesiástico.
Todo está enguirnaldado.
Hombres
y casas.

Acaso
sea el centésimo aniversario de la revolución de octubre,

25. En esta metáfora, Maiakovski considera al proletariado, a los explotados, como Caín. Como se sabe, Caín, según la Biblia, fue maldecido por Jehová.

acaso,
sencillamente,
sea un maravilloso estado de ánimo.
Lanzando dirigibles en la curva del cielo,
en trenes,
por formidables e infinitos puentes,
onduladas columnas de soldados,
formaciones humanas que llegan y se ordenan.

Con su cabeza grande
y una aureola roja,
se alinean marcianos que han llegado de Marte.
un avión da un salto
y de nuevo se esfuma.
De nuevo el ave nos esconde el sol.
Y de nuevo
llegan volando de remotos astros,
el sol abanicando con sus hélices.
Los desiertos los limpia el hocico del mundo.
Cada tronco de árbol es un trozo de cuento.
Sobre los verdes prados
del antiguo Sahara [26]
hoy se celebra
la solemne fiesta anual.

Día tras día los días pasaban
y de nuevo aumentaba la negror de la noche.
Aun antes de alinearse,
ellos
gritaron:
«¡Comencemos!»

26. Aquí Maiakovski intenta mostrar su confianza en un futuro que será capaz de convertir el desierto del Sahara en un vergel.

«Voces de hombre,
voces de animales,
bramido de ríos
en un peán trenzamos en el aire.
Todos cantad y escuchad todos
el réquiem majestuoso de los mundos.
A vosotros, venidos de lejos,
que durante años habéis pasado hambre
dando la buena nueva del paraíso de hoy;
a vosotros,
que habéis dado a los siglos
de qué comer,
beber
y cantar;
a vosotras, mujeres,
nacidas para capas
de armiño,
con el cuerpo cubierto de andrajos,
caídas exánimes
en espera del pan
en fila interminable.
A vosotros,
legiones de niños raquíticos,
multitudes de jóvenes mordidos por el hambre,
a los que habéis vivido hasta un cierto punto
y a los que
ni aun hasta un cierto punto habéis vivido.
A vosotros,
animales,
mostrando las costillas,
que no veíais la avena que los hombres comían
y que habéis trabajado, transportando algo o alguien,
hasta que, bajo el látigo, al fin os derrumbasteis.

A vosotros,
fusilados en las barricadas del espíritu
luchando por cantar los días de hoy,
que con alma insaciable intuísteis el futuro,
pintores,
cantores,
poetas.

A vosotros,
que entre el fuego y el humo,
con la vida pendiente de un hilo.
rechinando como hierro oxidado, como un engranaje,
aun así trabajasteis,
creasteis aun así.
A vosotros por siempre las voces de gloria
que cada año florecen, que jamás se marchitan.
A vosotros, que por nosotros sufristeis: ¡Gloria a vosotros,
millones de Ivanes vivientes,
hechos de ladrillo,
hechos de mil modos!

La fiesta universal se dispersó con orden:
el antiguo dolor ya no hería las almas.
El tiempo
ha armonizado la tristeza
en una vida en calma
y el canto la ha lanzado a volar por los cielos.
Resuena aún el eco de las voces
que hablan de muerte,
de un recuerdo eterno.
Y ya
los hombres,
entre las luces de las calles,

disfrutan del instante, teñido de alegría.
¡Pues bien, en la armonía, disfruta de los cantos,
tierra, brota en la siembra y en la trilla!
¡Ésta es para ti la Ilíada sangrienta de las revoluciones!
¡Ésta es la Odisea de los años de hambre!

(1919-1920)

TERCERA INTERNACIONAL [1]

(III Internatsional)

Nosotros avanzamos,
lava revolucionaria.
Sobre nuestras filas
flotan, como banderas, los incendios.
Nuestro jefe
tiene millones de almas:
es la Tercera Internacional.

Contra el muro de los siglos,
ola de voluntad,
bate la Tercera
Internacional.

Nosotros avanzamos.
No tiene manantial la riada de las filas.
No tiene estuario el Volga del ejército rojo.
Y haremos pasar a través de los polos
el cinturón de los rojos ejércitos
que de oriente
a occidente
ciñe la tierra.

1. Poema escrito para una manifestación en Moscú en honor del II Congreso del Comintern, del 23 de julio al 7 de agosto de 1920.

Las naciones son trampas.
El mundo, pequeño.
¡Crece, Tercera
Internacional!

Nosotros avanzamos.
¡Obrero del mundo,
escucha!
La revolución avanza.
Oriente sigue ya la huella de las insurrecciones.
Después de Europa,
irá por los océanos como por tierra firme.
La bandera roja
en lo alto de los edificios de New York.

En el nuevo
y en el viejo mundo
roja
ondeará
la Tercera
Internacional.

Nosotros avanzamos.
¡Alzaos, en pie, pieles de color de las colonias!
¡Esclavos blancos de los imperios,
levantaos!
La batalla decidirá
si mandarán los obreros en el seno del mundo
o
si la Entente [2] nos brutalizará con la guerra.

2. Ha habido diversas Ententes, pero Maiakovski se refiere a la Entente capitalista que intervino militarmente en la URSS, durante la guerra civil, en ayuda de las fuerzas reaccionarias, y que estuvo constituida por Gran Bretaña, Polonia, Finlandia, Japón, Francia, Turquía, Checoeslovaquia y EUA.

O los unos
o los otros.
El mundo es pequeño.
¡A las armas,
Tercera
Internacional!

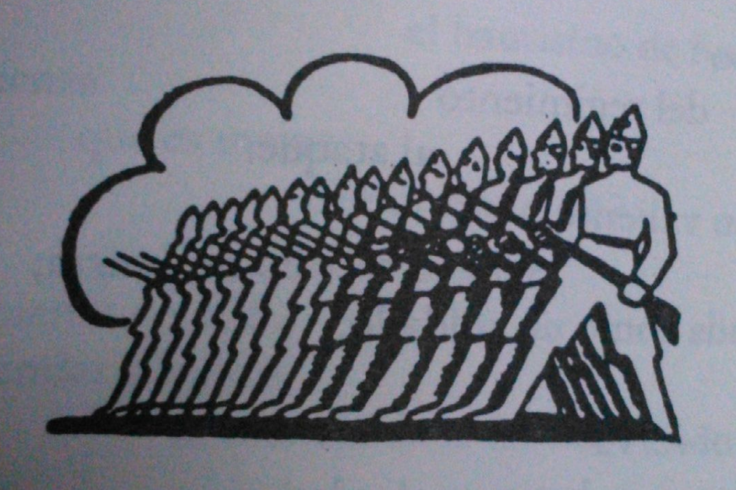
¡Nosotros avanzamos!
Al asalto de las puertas del paraíso.
Nosotros avanzamos.
Para los otros hemos derribado la puerta.
¡Más alto aún, bandera!
Hoz,
en un juego de llamas,
que se abrace al martillo tu arco iris.

¡Por esta puerta!
¡Todos! ¡Hazte
universo, Tercera
Internacional!

(1920)

FÁBULA DEL DESERTOR QUE NO SE HABÍA PREPARADO NADA MAL LAS COSAS Y DE LA SUERTE QUE LE CUPO AL PANCISTA Y A SU FAMILIA [1]

(Scasca o desertire, ustróivshemsia nedurnén'co, i o tom, cacáia úchast'postigla egó sámogo i sem'iu shcúrnica)



Acaba
de vencer
la tropa campesina,
desde hace poco
nos rodea la paz,
pero no es hora
todavía
de clavar la bayoneta en el suelo.
¡En armas siempre
el ejército rojo!



1. Poema escrito durante la guerra civil, aunque entonces no fue publicado. Al editarlo, en 1927, Maiakovski le añadió unas estrofas nuevas de introducción y conclusión. Por ello la referencia a Curzon, que solamente intervino el año 1923.

para que nunca más
se atreva
ningún Curzon [2]
a engañar a la gente
y a decir tonterías.
Incluso arando,
acuérdate
del ruido de la espada,
recuerda
el paso
del regimiento
al ataque.
Como un joven valiente,
salta al caballo de guerra;
si vas a pie, anda como un soldado.
Desde lo alto,
observa
la tierra alrededor,
sentado
en el halcón
de hierro.
Hoy hay paz,
pero la guardia
de los años rojos
está sobre nuestra
roja tierra.
Has de ser bravo.
Has de ser hábil.

2. *Curzon:* hace referencia a la provocatoria nota del ministro británico de asuntos exteriores, G. V. Curzon, al gobierno soviético, en mayo de 1923, conocida como «Ultimátum de Curzon.»

Has de estar
dispuesto
siempre
para ser el primero
en lanzarse
al primer flamear.

¿Quién
entre vosotros
no ha pasado
el bautismo de fuego?

¿Quién piensa
que es mejor
ser un pancista?

Lee esto,
piensa en ello,
busca entender a fondo
la esencia de la fábula.

En defensa
de la Rusia obrera y campesina,

en el frente
se levantaron
los soldados rojos.

Como en todo rebaño
hay una oveja negra,

también,
incluso entre sus filas,
había un cobarde.



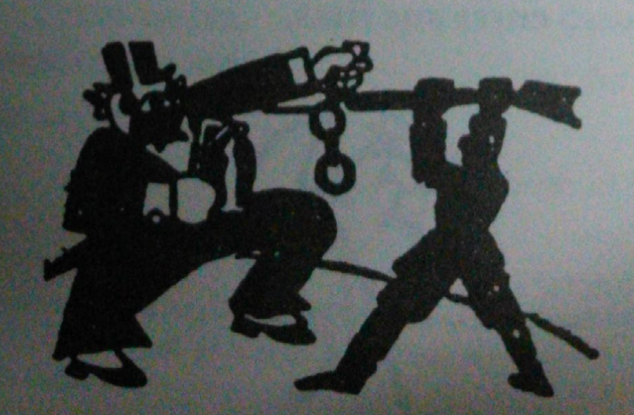
En un regimiento
estaba
Villadiego Pecoso.

Villadiego
tenía una cabeza
de corcho.

En cuanto vaya
nuestro regimiento
a combatir
contra los blancos,



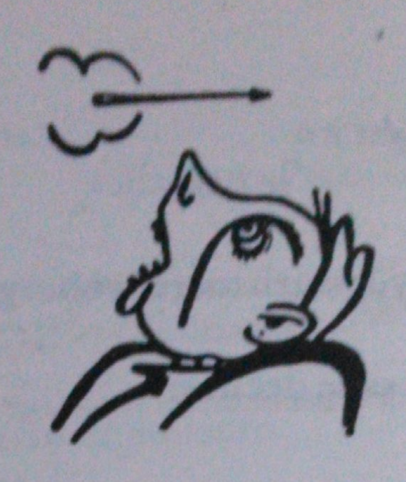
a él
ya no lo veréis más,
el gallina.



Está muy claro:
el ejército
se bate
con ardor
contra el yugo aristocraticoburgués.
Mas Villadiego
sólo sabe decirse:
¿Por qué
tengo
yo
que ponerme en peligro?




Se ha alzado el regimiento como un muro
y ha cerrado
su frente.
Villadiego
está de centinela.
Silba
un proyectil tras otro.
Un tiro
asusta a Villadiego.



En casa
potaje calentito.
Villadiego
soñaba.

Unos morros
de mujer
le salen
en el aire.





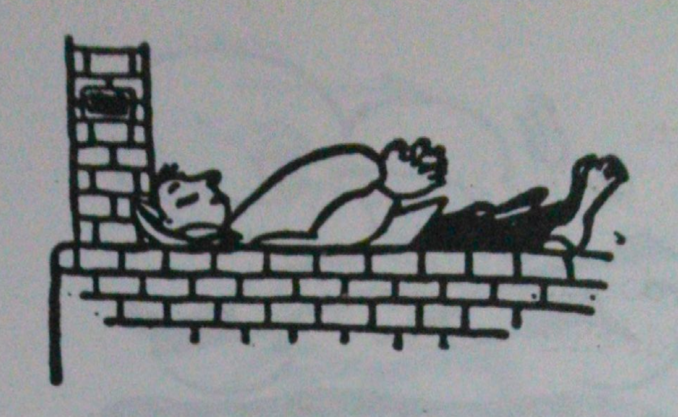
¡Cómo corre Pecoso!
Que casi mil quilómetros
corrió
sin
detenerse.



A la carrera cruza la colina:
aquí está el seto
y la casa,
aquí está
su mujer,
que
está comiendo pipas.



Corrió
a besuquear a su mujer,
y tomó té
hasta un millar de tazas.



Se fue a echar una siesta,
y roncando
se durmió
como Noé.
Ni los de la gepeú [3]
lo encontrarían.



Pero en el frente
el enemigo
ve
que en el regimiento hay un hueco,
y se infiltra
por la rendija.

3. GPU: siglas de *Gosudárstvennoe Politíchescoe Upravlenie* (Dirección Política del Estado), cuerpo de las fuerzas de seguridad del Estado soviético.

Después
se mete
por el agujerito
el enjambre
de dorados bandidos,[4]
con un fulgor de charreteras.



El cura,
el policía:
mostacho abajo
chorrea vodka.
Y vienen junto a ellos
la horca
y algunas cosas más.
Y, entre ellas,
el zar,
el tirano en persona.
Detrás del zar,
él
y el latifundista.

4. En el original, *tsólototsádye*, los del culo dorado, refiriéndose a las clases privilegiadas.



Se infiltran
con alegría,
sin casi
notar las piernas.
¿Dónde
y cuándo han ocupado?
El proletario
es sometido.
Cubre
de edictos
la espalda del labriego.
La tierra
es devuelta
a los expoliadores.
Son implantados
pesados, enormes
impuestos.



En cuanto silba
la porra
que lleva el policía,
sabes que llueven golpes
sobre espalda
y nalgas.



Los amos
que habían huído
vuelven a casa.



Veloz llega el burgués.
Nadie le había visto
en tres años.



De nuevo
el cura
con el crucifijo
instruye al escolar
y le hace
respetar a los santos.
Han llegado al pueblo
en donde ronca
Villadiego.
Ven
que se destaca la casa
por su limpieza.





Dirige el dedo
a la casita
de Pecoso
el comisario,

y envía al sargento
a ocuparla.



El imbécil
está durmiendo, y sueña
que está en el paraíso
y que se zampa
los filetes
a pares.
¡De pronto,
lo atrapa
por la panza
un cocodrilo!



Es el sargento,
que le está dando coces
con sus pesadas botas.



«¿Cómo te atreves a dormir,
cacho de bestia,
hijo
de esto y de lo otro?
¡A palos
te mato
y después
te cuelgo!»
«¡Amo!»
chilló Pecoso,
mas con la fusta
el propietario
le pegó en su redonda cara.



«¡Entrégate
tú mismo,
los campos
y la casa,
y también tu mujer,
al propietario!»
Villadiego empezó
a sudar a chorros,
volvió a acordarse
de las torturas del señor.



En tanto, su mujer,
en el corral
de los amos,

le da
el pecho
al perro del patrón.



La moraleja
de esta historia
es simple y clara:
observa cómo
se castiga al imbécil.



Para que esto
no os suceda a vosotros,
que no haya
entre vosotros
pancistas.
Hoy
no damos
un hijo
para que lo degüellen por el zar.
Esta gran guerra,
por nosotros mismos
ha sido comenzada.
Cuando acompañes
a la joven floresta
de los reclutas,
no llores: canta.

Para que los propietarios
no os pongan
nuevamente las bridas,
del mezquino Pecoso
recordad el ejemplo.
Al ir con
vuestros hijos,
ordenadles
que sean
fieles
al juramento rojo.

(1920-1927)

ÍNDICE

La presente antología trata de darnos una visión global del riquísimo itinerario creativo de uno de los mejores y más grandes poetas contemporáneos.
Maiakovski fue uno de los corifeos más espectaculares del futurismo, llegando a proclamar la destrucción de la tradición literaria y participando en el primer manifiesto futurista ruso. Su poesía, preformada ya desde los umbrales de su adolescencia, presenta características definitorias muy marcadas: lenguaje coloquial y "antipoético", imágenes insólitas, rimas inusitadas basadas en el verso libre, las asonancias, la elipsis y los juegos de palabras, recreación del léxico y de la sintaxis, tonos hiperbólicos y declamatorios con una extraña mezcla de lirismo. Más allá de los grandes valores revolucionarios, o satíricos, o sentimentales, o épicos que puedan tener sus grandes poemas, queda algo que ni los años ni las circunstancias pueden borrar: la poesía. Y es precisamente la memoria poética lo que salva a todos los héroes de la mortalidad.

